

# **La medicina y los medicos en la obra de Tirso de Molina / Rafael Sancho de San Roman.**

## **Contributors**

Sancho de San Román, Rafael.

## **Publication/Creation**

Salamanca, 1960.

## **Persistent URL**

<https://wellcomecollection.org/works/srpudc3d>

## **License and attribution**

Conditions of use: it is possible this item is protected by copyright and/or related rights. You are free to use this item in any way that is permitted by the copyright and related rights legislation that applies to your use. For other uses you need to obtain permission from the rights-holder(s).



Wellcome Collection  
183 Euston Road  
London NW1 2BE UK  
T +44 (0)20 7611 8722  
E [library@wellcomecollection.org](mailto:library@wellcomecollection.org)  
<https://wellcomecollection.org>

*Dupl.*

RAFAEL SANCHO DE SAN ROMAN

LA MEDICINA Y LOS MEDICOS  
EN LA  
OBRA DE TIRSO DE MOLINA



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

EDICIONES

DEL

SEMINARIO DE HISTORIA DE LA MEDICINA

M

23910

CUT.AA6

ESTUDIOS  
DE  
HISTORIA DE LA MEDICINA ESPAÑOLA  
(Nueva Serie)

TOMO II - Núm. 1

~~CLT. AAG~~  
M23910

*La correspondencia deberá ser dirigida al*

Prof. Dr. LUIS S. GRANJEL  
Seminario de Historia de la Medicina  
Facultad de Medicina  
Fonseca, 2  
SALAMANCA (ESPAÑA)

*Distribuidor exclusivo:*

LIBRERIA CERVANTES  
Ronda Sancti-Spíritus, 27  
SALAMANCA (ESPAÑA)



22101290795

X84196

ESTUDIOS  
DE  
HISTORIA DE LA MEDICINA ESPAÑOLA

LA MEDICINA Y LOS MEDICOS  
POR DR. LUIS S. GRANER

LA MEDICINA Y LOS MEDICOS  
EN LA OBRA DE TIRSO DE MOLINA



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA  
ESTUDIOS  
DE  
SEMINARIO DE HISTORIA DE LA MEDICINA ESPAÑOLA

ESTUDIOS  
DE  
HISTORIA DE LA MEDICINA ESPAÑOLA  
(Nueva Serie)

Director

PROF. DR. LUIS S. GRANJEL  
Catedrático de Historia de la Medicina

TOMO II - Núm. 1



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

EDICIONES

DEL

SEMINARIO DE HISTORIA DE LA MEDICINA ESPAÑOLA

RAFAEL SANCHO DE SAN ROMAN

LA MEDICINA Y LOS MEDICOS  
EN LA  
OBRA DE TIRSO DE MOLINA

SALAMANCA

1960

KABAL MANCIBO DE SAN ROMAN

LA MEDICINA Y LOS MEDICOS

M23910

~~CUT. AA6~~

OBRA DE TERSO DE MOLINA



*Depósito Legal: S. 36 - 1960*

---

TALLERES GRÁFICOS DE LIBRERÍA CERVANTES.—RONDA SANCTI-SPRITUS, 27.—SALAMANCA

*El presente trabajo fue galardonado con  
el premio "Blanco Soler" (1959) instituido  
por la Asociación de Médicos Escritores y  
Artistas.*

El presente informe fue elaborado por  
el personal técnico de la Oficina de  
Estadística de la Secretaría de Estado  
de la Federación de México, D.F.



## INTRODUCCION

*Quien quisiera conocer la España de los Austrias, asómese al teatro de Tirso y en él la hallará entera.*

(Blanca de los Ríos)

Con estas certeras palabras de la ilustre escritora Doña Blanca de los Ríos, de Lampérez<sup>1</sup>, iniciamos nuestro estudio acerca de la huella que la ciencia de Hipócrates dejó en la notable obra dramática de Fray Gabriel Téllez, Tirso de Molina (1584-1648). Pretendemos, con ello, colaborar al loable empeño de buscar el impacto médico en nuestra literatura del Siglo de Oro, labor comenzada hace unos años con indiscutible éxito por el Doctor Albarracín<sup>2</sup>, con el teatro lopista.

No ha sido puro azar el que nos acercó a la obra de Tirso, cuya figura, enclavada históricamente entre los colosos del género, Lope y Calderón, sí un tanto oscurecida, en principio, por éstos, se agiganta considerablemente en cuanto calamos un poco en la intrincada maraña de sus personajes, cuya alma perfila con no igualada maestría el insigne mercedario. Su teatro, psicológicamente impecable, realista y humano como ninguno, es, sin duda, el óptimo a nuestro propósito. Nos parece, a este respecto, conveniente transcribir una opinión de la doctísima Doña Blanca de los Ríos: "En cuanto al ambiente, el teatro de Tirso compite con la propia realidad; pero la realidad en él contenida era necesariamente (para lo actual, como para lo histórico) la de los tiempos del poeta, ya que el público de los corrales no hubiera tolerado reconstituciones arqueológicas. To-

---

<sup>1</sup> Conferencia sobre *Tirso de Molina*, en el Ateneo de Madrid, 23 de abril de 1906.

<sup>2</sup> ALBARRACÍN TEULÓN, AGUSTÍN: *La Medicina en el teatro de Lope de Vega*. C. S. I. C. Madrid, 1954.

do el siglo XVII español alienta en el teatro de Tirso, y en este concepto la obra del Mercedario, como arsenal de documentos humanos, como asombroso museo étnico, como transcripción animada y radiosa de una época íntegra, tiene también más valor histórico y estético que las de los otros dramáticos<sup>3</sup>. Y acerca de la *expresión*: "en Lope suele ser lírica, apresurada o difusa; en Calderón, artificioso discreto anegado en pompas culteranas, y en Tirso, la propia verdad, el cálido aliento de la vida"<sup>4</sup>. Tras estas harto elocuentes palabras de la máxima autoridad molinista, no debe extrañar que la Medicina, íntimamente ligada a la situación ideológica, científica y social de cada época, ciencia palpitante, como ninguna, en el cotidiano devenir, pague un amplio tributo en la obra de Tirso. Sus juicios, avalados por la serena objetividad del claustro, deben ser, al menos en principio, aceptados como veraces.

Concluiremos esta breve *Introducción*, con el escueto y agudísimo juicio que sobre los tres máximos dramaturgos españoles escuchamos hace algunos días a un joven y eminente hombre de letras: "Calderón se lamenta de la vida; Lope, la vive; Tirso, mira". En efecto, mira, y lo que ve, nos lo va a contar en su gran obra, tan amplia como profunda<sup>5</sup>. He aquí lo que descubrió, con sus ojos de lince, el sagaz mercedario "barbinegro y de frente elevada", en la Medicina y nuestros colegas de antaño.

Hemos procurado que las citas utilizadas, conservando su primitiva construcción, se ajusten a las normas de la actual ortografía, sin tener en cuenta cuál sea la de las distintas ediciones consultadas.

También nos parece oportuno indicar que, aparte de los

<sup>3</sup> *Tirso de Molina. Obras dramáticas completas*. Edición crítica por Blanca de los Ríos. Ed. Aguilar; Madrid, 1946: Tomo I, p. 49.

<sup>4</sup> *Ibid.*: Tomo I, p. 44.

<sup>5</sup> Nosotros hemos manejado para la elaboración de este trabajo todas las obras dramáticas incluidas en la citada edición crítica de la insigne escritora, doña Blanca de los Ríos, que Aguilar, publicó en tres volúmenes los años 1946, 1952 y 1958, respectivamente; la muerte sorprendió a su autora cuando preparaba el último, que por ello es comentado, en parte, por los editores. La producción en prosa de Fray Gabriel Téllez, ha sido consultada en títulos y ediciones especiales.

textos en que Tirso pretende hablar específicamente de un tema médico o antropológico, es frecuentísimo en él, emplear palabras sueltas o frases relativas a los mismos, que, casi siempre con intención metafórica, va derramando en la ancha senda de su obra.

A fines didácticos, reagrupamos todo el material acopiado en seis capítulos: Incluye, el *primero*, referencias sobre médicos: unos, reales, otros, producto de la fértil imaginación de Fray Gabriel Téllez; el *segundo* capítulo, se ocupa de cuestiones antropológicas; el *tercero*, de problemas diagnósticos, pronósticos y terapéuticos en general, completado por las ideas psicosomáticas de nuestro autor. Abarca el *cuarto*, que titulamos *Cuestiones clínicas*, todo lo referente a efectos neuropsiquiátricos, del macizo facial, toracoabdominales y urológicos; alusiones a problemas dermatológicos y sobre afecciones venéreas, epidemiológicas y de traumatología. Dedicamos el *quinto* a cuestiones tocológicas, pediátricas y de sexología. El *sexto* y último, recoge temas sociológicos, y se complementa con una selección de los juicios, difamatorios, que la Medicina y médicos de la época merecieron al ilustre Mercedario.

## CAPÍTULO I

### EL PERSONAJE MEDICO

Dos grupos cabe deslindar, bajo este título, en la obra del "Maestro" Tirso de Molina; forman el primero, los galenos con existencia real, histórica; incluye el segundo, aquellos cuya única vida, a lo que se puede colegir, es la que les confirió su creador.

Del primero de ambos encontramos menciones, desde luego sucintas, a *Esculapio*, al que designa "dios con flema"; a *Hipócrates*, el gran maestro de Cos; a *Heráclito* y *Erasistratos* (del que destaca sus habilidades diagnósticas por el pulso), *Dioscórides*, y sobre todo al helenista *Galeno*, del que dice "alcanzó el lauro y corona de Apolo" a los treinta y dos años. Y hemos de consignar que algunas citas expresas parecen indicar que conoció a estas "autoridades" de la antigüedad clásica más íntimamente de lo que podría deducirse por una mera información cultural; así, en algunos parlamentos de *El Amor médico* (Acto II, Escena VIII), *La fingida Arcadia* (Jornada II, Escena XV) y *Don Gil de las Calzas Verdes* (Acto I, Escena II). Un texto de la primera de las obras nombradas, nos pone en relación con varios clínicos eminentes del período greco-latino; habla *Doña Jerónima*:

"Mas precio vuestra alabanza,  
que las que historias escriben  
dio a Galeno Marco Aurelio:  
aunque Atenas sacrifique  
a Hipócrates por su Dios,  
mientras estatuas le erige,  
que en oro honren su aeropago,  
aunque Justiniano estime

a Oribasio, por su Apolo,  
y con Octaviano prive  
su médico Antonio Musa"

(*El Amor médico*: Acto III, Escena I)

De la Medicina medieval se lee alguna mención a *San Alberto Magno* y otras varias a los grandes clínicos del período árabe, *Rhazés*, *Avicena* y *Averroes* (*Los lagos de San Vicente*: Acto II, Escena I). Interesa destacar cómo, cuando menos en la mente popular, perdura, en pleno siglo XVII, la creencia en el influjo científico árabe; así, en la obra últimamente citada dice uno de sus personajes:

"...pues siendo ahora  
morisca la medicina..."

De los médicos de la época, el único nombrado es el segoviano Andrés Laguna, varias veces rememorado en la obra de Tirso. En uno de los textos, aludiendo a sus habilidades farmacológicas, se dice de él:

"*Romero*

Ya yo podré dar remedio  
mejor que el doctor Laguna,  
para no abortar ninguna".

(*Amor y Celos hacen Discretos*: Acto II, Escena VI)

En cuanto al grupo de "personajes médicos", sin otra existencia que la que les confiere la potencia creadora del insigne dramaturgo, podemos decir que, ciertamente, su representación no peca de lúcida y numerosa. Tan solo dos vemos actuar sobre el tablado donde la farsa se vive: *Doña Jerónima*, la gentil protagonista de *El Amor médico e Ismael*, médico judío y frustrado envenenador de Fernando IV, cuya breve y dramática actuación en *La prudencia en la mujer* deja un amargo e imborrable recuerdo. Sin embargo, nos ha parecido conveniente recoger también, en este capítulo, otras varias figuras del gremio sanitario, que aun sin tener lugar en la obra, adquieren en labios de sus descriptores una extraordinaria vivacidad, hasta el punto de que su personalidad, perfectamente

delineada a lo largo de los extensos y precisos monólogos de Téllez, llega a igualar, e incluso superar, la de los personajes "actuales".

Comencemos por *Doña Jerónima*, personaje central de *El Amor médico*, como hemos visto, y a quien Tirso de Molina, excelente pintor de tipos femeninos, hace de la estirpe de Galeno. Esta mujer, sevillana de nacimiento, decide estudiar medicina por una serie de razones que ella misma, mejor que nadie, nos dirá seguidamente:

"Porque estimo la salud  
que anda en poder de ignorantes  
Por ver si a mi patria puedo  
aprovechar, contra el miedo  
que a la salud hace agravio.  
Pues por eso determino  
irme tras el natural,  
que aprenden todos tan mal,  
ya que en su estudio me inclino".

(Acto I, Escena I)

Sin noticia alguna de sus estudios, nos la volvemos a encontrar en Coimbra, hasta donde llega siguiendo a su amante *Don Gaspar*, que la desconoce. Pasa en la citada ciudad por médico afamado, disimulando su sexo<sup>6</sup>. Veamos lo que de ella opina su criada, la ingeniosa *Quiteria*:

"Tu en Coimbra, en opinión  
de otro Galeno, no hay hombre  
que en viéndote no te nombre  
*El Hipocrates capón*.  
Visitas a bulto, y ganas  
dineros restituibles;  
haces curas imposibles;  
matas veinte, cuatro sanas.

<sup>6</sup> No sabemos si este trueque puede interpretarse como intento de soslayar un prejuicio profesional, tal vez muy notorio en aquella época, o es, simplemente, uno de los muchos y similares enredos, con que Tirso agudiza el ingenio de los amantes para conseguir su propósito.

Ya sabes andar a mula ;  
 ya tiras, que es lo mejor,  
 gajes de un embajador ;  
 ya en paredes te rotula :  
 aunque en esto decir puedes  
 que a la vergüenza te saca  
 tu fama, y de puro flaca,  
 la pegan a las paredes”.

(Acto II, Escena XII)

En casa de unos nobles portugueses coincide con *Don Gaspar*. *Doña Jerónima* aparece “de médico, con cuello abierto pequeño, sotanilla larga, capa de gorgorán con capilla, y guantes”. Su visita a una joven melancólica, *Doña Estefanía*, ocupa íntegramente la extensa escena octava del segundo acto, y reviste una excepcional importancia, por lo que será comentada y transcrita, en su mayor parte, en otros capítulos; aquí, tan solo haremos mención a ciertos pasajes relacionados con la propia persona del médico. Habla *Doña Jerónima*:

“La curiosidad del traje,  
 ni afectada ni pomposa,  
 sino limpia y aliñada  
 en el médico ocasiona  
 autoridad y respeto,  
 y más cuando se acomoda  
 con ella cara apacible ;  
 que *praestantissima forma  
 digna est imperio*: y así  
 entre seis o siete cosas  
 que el médico ha de tener,  
 con que Hipócrates le adorna  
 en sus *Epidemias*, pide  
 que el vestido corresponda  
 al buen rostro: *quod est pulchrum,  
 amicum est*:...  
 Agrado, lenguaje, forma,  
 vestido, limpieza, olor,  
 disminuyen las congojas  
 del enfermo, si las tiene,  
 el médico, mi señora.

Pues si entra a ver al paciente  
 un doctor, presencia tosca,  
 mal vestido, peor hablado,  
 ¿cómo es posible que ponga  
 buen ánimo en sus enfermos?"

(Acto II, Escena VIII)

*Doña Jerónima*, que se hace llamar "el Dr. Barbosa", se comporta como un legítimo médico psicosomático durante la interesante y dilatada visita; la enferma acaba enamorándose de su doctor, que tiene que agotar todos los recursos de su ingenio para solventar la difícil situación. La comedia finaliza, como siempre, con el mayor éxito de su "heroína", que a un tiempo consigue el amor de *Don Gaspar*, y la cátedra de Visperas de Medicina de la Universidad, siendo premiada con las siguientes palabras del rey portugués *Don Manuel*:

"Doctor, vuestras muchas letras  
 en años tan juveniles  
 merecen que yo las honre,  
 porque los demás se animen.  
 La cátedra que llevaste,  
 y soluciones sutiles  
 que soltaron argumentos,  
 es justo que se confirme.  
 Conque en mi cámara entréis,  
 y desde hoy el pulso os ffe  
 la Reina, en cuya salud  
 la de Portugal consiste.  
 Doctor de cámara sois".

(Acto III, Escena I)

*La prudencia en la mujer*, nos da a conocer un perverso y desgraciado personaje: *Ismael*, médico judío; inducido por el Infante *Don Juan*, deseoso de reinar por todos los medios, ha de conseguir la muerte del Rey niño *Fernando* (IV), a la sazón enfermo de viruelas, por medio de un veneno que ingerirá disimulado en un vaso de medicina. *Ismael* reflexiona y duda ante el público en un excelente monólogo, cayendo Tirso por sus labios en una fácil crítica de la medicina de la época:

"Pero ¿qué hay que recelar  
cuando mi sangre acredito,  
y más no siendo delito  
en médicos el matar?  
Antes honra su persona  
quien más mata; y es de suerte,...  
que se llama cual la muerte,  
la que a nadie no perdona".

(Acto II, Escena II)

La Reina *Doña María*, le sorprende cuando va a consumir el acto y le obliga a beberse el contenido envenenado del vaso; así acaba sus días este dramático personaje, cuyas últimas palabras, de trágica comicidad, transcribimos a continuación:

"Muerte, bien os llaman trago,  
pues sois purga que se bebe.  
Pero la que receté  
a costa de tantas vidas  
en julepes y bebidas,  
por el talión pagaré.  
Aunque en ser tantas advierto  
que para que no me igualen,  
a media gota no salen  
los infinitos que he muerto. (*Bebe*)  
Ya mis espíritus truecan  
el ser vital que desatan.  
Si los que curando matan,  
pagaran por donde pecan,  
dieran menos que ganar  
a los curas desde hoy.  
El primer médico soy  
que castigan por matar.  
Ya obra el veneno fiero;  
ya se rematan mis días.  
¡Favor divino Mesías,  
que vuestra venida espero!

(Acto II, Escena III)

Como advertimos en páginas precedentes, los personajes médicos "referidos", igualan o superan en valor descriptivo a

los que figuran en el reparto; a continuación transcribimos íntegramente —pese a su extensión— la más correcta pintura de un médico de la época, que hemos podido recoger en la obra de Tirso. Oigámosla de labios de *Caramanchel*, el lacayo “gracioso” de *Don Gil de las Calzas Verdes*:

*“Caramanchel*

Un mes serví, no cumplido,  
a un médico muy barbado,  
belfo, sin ser alemán,  
guantes de ambar, gorgoran,  
mula de felpa, engomado,  
muchos libros, poca ciencia;  
pero no se me lograba  
el salario que me daba,  
porque con poca conciencia  
lo ganaba su mercé;

*Doña Juana*

¿Mal lo ganaba? ¿Por qué?

*Caramanchel*

Por mil causas: la primera,  
porque con cuatro aforismos,  
dos textos, tres silogismos,  
curaba una calle entera.  
No hay facultad que más pida  
estudios, libros galenos,  
ni gente que estudie menos,  
con importarnos la vida.  
Pero ¿cómo han de estudiar,  
no parando en todo el día?  
Yo te diré lo que hacía  
mi médico. Al madrugar,  
almorzaba de ordinario  
una lonja de lo añejo,  
porque era cristiano viejo;  
y con este letuario  
*aqua vitis*, que es de vid,  
visitaba sin trabajo,  
calle arriba, calle abajo,

los *egrotos* de Madrid.  
Volvíamos a las once:  
considere el pío lector,  
si podría mi doctor,  
puesto que fuese de bronce,  
harto de ver orinales,  
y fístulas, revolver  
Hipócrates, y leer  
las curas de tantos males.  
Comía luego su olla,  
con un asado manido,  
y después de haber comido.  
jugaba cientos o polla  
Daban las tres, y tornaba  
a la médica atahona;  
yo, la maza, y él, la mona;  
y cuando a casa llegaba,  
ya era de noche. Acudía  
al estudio, deseoso  
(aunque no era escrupuloso)  
de ocupar algo del día  
en ver los expositores  
de sus Rasis y Avicenas;  
asentábase, y apenas  
hojeaba dos autores,  
cuando Doña Estefanía  
gritaba: "Hola, Inés, Leonor,  
id a llamar al doctor,  
que la cazuela se enfría"  
Respondía él: "En un hora  
no hay que llamarme a cenar,  
déjenme un rato estudiar:  
decid a vuestra señora  
que le ha dado garrotillo  
al hijo de tal Condesa;  
y que está la ginovesa,  
su amiga, con tabardillo;  
que es fuerza mirar si es bueno  
sangrarla estando preñada;  
que a Dioscórides le agrada;  
mas no lo aprueba Galeno".

Enfadábase la dama,  
y entrando a ver su doctor,  
decía: "Acabad, señor;  
cobrado habéis harta fama,  
y demasiado sabéis  
para lo que aquí ganáis;  
advertid, si así os cansáis,  
que presto os consumiréis.  
Dad al diablo los Galenos,  
si os han de hacer tanto daño.  
¿Qué importa al cabo del año  
veinte muertos más o menos?"  
Con aquestos incentivos  
el doctor se levantaba;  
los textos muertos cerraba  
por estudiar en los vivos.  
Cenaba, yendo en ayunas  
de la ciencia que vio a solas;  
comenzaba en escaloras,  
acababa en aceitunas,  
y acostándose repleto,  
al punto de madrugar,  
se volvía a visitar,  
sin mirar ni un quodlibeto.  
Subía a ver al paciente,  
decía cuatro chazonetas,  
escribía dos recetas  
destas que ordinariamente  
se alegan sin estudiar;  
y luego los embaucaba  
con unos modos que usaba  
extraordinarios de hablar:  
"La enfermedad que le ha dado,  
señora, a Vueseñoría,  
son flatos y hipocondría;  
siento el pulmón opilado,  
y para desarraigar  
las flemas vitreas que tiene  
con el quilo, le conviene  
(porque mejor pueda obrar  
naturaleza) que tome

unos alquermes que den  
al hígado y al esplén  
la sustancia que el mal come".  
Encajábanle un doblón,  
y asombrados de escucharle,  
no cesaban de adularle,  
hasta hacerle un Salomón.  
Y juro a Dios que, teniendo  
cuatro enfermos que purgar,  
le vi un día trasladar  
(no pienses que estoy mintiendo)  
de un antiguo cartapacio  
cuatro purgas, que llevó  
*escritas* (fuesen o no  
a propósito) a palacio;  
y recetada la cena  
para el que purgarse había,  
sacaba una y le decía:  
"Dios te la depare buena".  
¿Párecete a vuesasté  
que tal modo de ganar  
se me podía a mi lograr?  
Pues por esto le dejé".

(Acto I, Escena II)

La vigorosa pluma de Tirso se acerca ahora al escenario de una "consulta" de doctores, para hacerla objeto, una vez más, de su implacable crítica, tema por cierto muy reiterado en la literatura satírica española. Ocurre en la famosa tragedia *La venganza de Tamar*, por boca de *Eliazer*, uno de sus principales personajes:

"Juntáronse ayer en casa  
de Dêlbora, seis doctores,  
que ha días que está muy mala,  
para consultarse entre ellos  
la enfermedad, y aplicarle  
algún remedio eficaz.  
Apartáronse a una sala,  
echando la gente de ella;  
dióle gana a una criada

(que bastaba ser mujer)  
de escuchar lo que trataban ;  
y cuando tuvo por cierto  
que del mal filosofaban,  
de la enferma y experiencias  
acerca de él relataran,  
oyó preguntar al uno :

"Señor doctor: ¿qué ganancia  
sacará vuestra merced  
una con otra semana?  
Respondió: cincuenta escudos,  
con que he comprado una granja,  
veinte aranzadas de viñas,  
y un soto en que tengo vacas ;  
pero no me descontenta  
el buen gusto de las casas  
que tuvo vuesa merced,  
(dijo otro): Son celebradas.  
No sé qué hacer del dinero  
que gano ; ¡ cosa extremada  
es ver que, sin ser verdugo  
porque matamos nos pagan !

—Dejad eso (replicó  
otro) y decid de qué traza  
os fue en el juego de anoche.  
—Perdí, son suertes voltarias.  
Pero ¿tenéis muchos libros?  
—Doscientos cuerpos no bastan,  
con cuatro dedos de polvo,  
que ni ellos hablan palabra  
ni yo las que encierran miro.  
Ostentación e ignorancia  
nos han dado de comer ;  
más ha de cuatro semanas  
que no hojeo, si no son  
pechugas de pavos, blancas ;  
lomos de gazapos tiernos  
y con pimienta y naranja,  
perdiz, pichón y vaquita,  
(así la ternera llaman  
los hipócritas al uso)

—Pero lo parlado basta ;  
vamos a ver nuestra enferma,  
que estará muy confiada  
en nuestra consulta". Fueron  
y dijo el de mayor barba :  
"Lo que se saca de aquí  
es que al momento se haga  
una fricación de piernas,  
y por todas las espaldas  
la echen catorce ventosas,  
las tres o cuatro sajudas.  
Pónganla en el corazón  
un socrocio, y fomentada  
con manteca de azahar,  
tenga en el cielo esperanza  
que la consulta de hoy  
la ha de dar muy presto sana".  
Diéronles doscientos reales  
y volviéronse a su casa  
bien medrados de la junta  
como te he contado".

(Acto II, Escena I)

La figura, burlesca, de un barbero sangrador, es retratada por Tirso en *Por el sótano y el torno* (Acto I, Escena XIII); de los boticarios hace parodia en *El Aquiles* (Acto II, Escena III); ninguna de ambas referencias consideramos merecedora de transcripción.

## CAPÍTULO II

### NOCIONES DE ANTROPOLOGIA

El estudio de las cuestiones médicas que, esbozadas unas, más detenidamente analizadas otras, hemos hallado en la obra de Tirso de Molina, y cuya rememoración da motivo al presente estudio, comprende, ante todo, nociones antropológicas, singularmente de índole psicológica.

Unas reflexiones de tipo general sobre la "constitución" de la *naturaleza*, fiel a la teoría de los "cuatro elementos" de *Empédocles* se leen, en medio de una bellísima imagen poética, en *La Romera de Santiago* (Jornada II, Escena IV). El rasgo distintivo de la "fórmula vital", en los tres reinos, en *Deleitar aprovechando* (Martes por la mañana, fol. 198 v.).

Y, entrando en el terreno antropológico, propiamente dicho, comenzaremos por transcribir una alusión, de excepcional valor, a cuestiones embriológicas, que se lee en *La Mejor Espigadera*; unos soberbios versos trazan de mano maestra la tesis de la preformación animalculista. Dice Jaleel:

"Digo, Zefara, que yo  
tengo derecho a comer  
el hijo que nos quedó,  
que el padre sólo da el ser  
al hijo, y la madre no."

*Zefara:*

"El ser como tú le he dado;  
nueve meses le he traído  
de mi sangre alimentado;  
con dolores le he parido;  
mis pechos le han sustentado.  
Dalle el ser, ¿de que sirviera?"

Y antes que vida tuviera  
 si sin forma se quedara  
 y del alma se informara,  
 sin mi amparo pereciera.  
 Vida le dio mi calor,  
 en mis entrañas estuvo  
 y Dios, como en obrador,  
 su cuerpo informe entretuvo,  
 hasta que siendo criador  
 del alma, que no le has dado,  
 en su cuerpo la infundió,  
 por mi sangre organizado.”<sup>7</sup>

(Jornada I, Escena IV)

El tema de la herencia aparece mencionado en *El árbol del mejor fruto* (Acto I, Escenas III y VI) principalmente. La importancia de la influencia ambiental en la elaboración del bio y psicotipo, en *Deleitar aprovechando* (Martes por la mañana, fol. 211).

Fiel a la doctrina de Hipócrates, las diferentes “constituciones” serían la expresión de pequeñas variaciones en el equilibrio humoral. En cuanto a las peculiares características de las edades, Tirso, cuyos personajes casi siempre actúan en plena madurez, sólo parece poner atención al crítico paso a la adultez. Pese a los elogios que a la juventud le advertimos en *El Amor médico* (Acto II, Escena VIII), no deja de considerarla en otros pasajes como un estado anómalo, imperfecto, de la vida del hombre (*El Melancólico*: Acto III, Escena VI).

Las referencias anatomo-fisiológicas son escasas. Utilizadas con un carácter más o menos festivo, vemos las expresiones, “sesos”, “tuetanos”, “niervos”, “musculos”, “cogote”, “colodrillo”, “barriga”, “frenillo”, “nuez”, “orina”, así como los “dientes, colmillos y muelas”, considerados “ministros de la digestión”; la “garganta” sería “paso del sustento que el estó-

<sup>7</sup> Esta dramática escena ocasionada, por una supuesta hambre que asolaría Israel, parece ser pura invención de Téllez sin encontrarsele precedentes bíblicos. Doña Blanca de los Ríos considera este trozo como el máximo elogio que sobre la maternidad se registra en la obra del Mercedario.

mago recibe". También vemos nombrar "las telas y cavidades del corazón", así como las "venas del Arca y del tobillo" electivas de la sangría. Las arterias "pulsan avisos del corazón", y en cuanto a las venas también serían "instrumento interprete a lo menos del corazón". La función nutritiva de la sangre es suficientemente resaltada:

*"Nineucia*

Sangre que no es nutrimento  
del cuerpo que en ella espera,  
de su oficio degenera.  
la sangre mala, enflaquece ;  
la buena, alimenta y cría."

(*Tanto es lo de más como lo de menos* :Acto I, Escena XI).

Como final, he aquí una bella página de fisiología humoral, que insensiblemente se eslabona con unas nociones de constitución premorbose. Se nos ofrece en *El Amor médico*:

*"Don Gaspar*

¿Pues repugna la salud  
a la hermosura?

*Doña Jerónima*

¿Eso ignora  
Vuesamerced? Claro está  
que cuando se proporcionan  
de las cuatro calidades  
los cuatro humores, dan forma  
a la belleza apacible,  
buen talle y gentil persona.  
Esto es lo que llama *ad pondus*  
nuestro Galeno, y dél consta  
la igualdad y simetría  
saludable y deleitosa.  
De aquí nace la belleza,  
y esta tal consiste toda  
en la sangre delicada,  
y tiene su esfera propia  
en el hígado, y de allí,

blanca entrando, sale roja  
a nutrir todos los miembros  
con los cuales se conforma,  
siendo carne con la carne,  
hueso con el hueso, y toma  
de la sustancia que nutre  
color, calidad y forma,  
porque cada miembro busca  
su semejanza amorosa:  
de modo que, cuanto más  
fuere elegante una cosa,  
tanto más tendrá la sangre  
delicada, y si se nota,  
por esta causa estará  
más expuesta y peligrosa  
a cualquier alteración  
que la destemple y corrompa.  
Por esto niños y damas  
tan fácilmente se aojan,  
porque la fascinación  
halla resistencia poca  
en la sangre que penetra,  
y así al punto que la toca,  
le pega su calidad,  
lo que no hiciera en la tosca.  
¿Ve, señor, vuesa merced  
como toda dama hermosa  
está sujeta a accidentes  
que llama el griego *syntomas*?

(Acto II, Escena VIII)

El capítulo psicológico, necesariamente ha de presentar un excepcional interés pues, como ya apuntamos en la *Introducción*, Tirso se caracteriza por ser un magnífico conocedor de almas. Es indudable que las rejas del confesonario le dieron acceso a un profundo conocimiento, no sólo de la psicología femenina, sino también, y en grado no menor, de la masculina, extremo este que ha hecho resaltar oportunamente doña Blanca de los Ríos. En opinión de Menéndez y Pelayo tan solo

Shakespeare superaría a nuestro autor en la creación de caracteres.

Sin embargo, bien se comprende, el agudo talento psicológico de Téllez no puede ser reseñado en las breves páginas de este ensayo, ni aún en las de otro diez veces mayor. Hay que buscarlo en el cálido aliento que anima las actuaciones de sus personajes, en sus pendencias y amoríos, en sus celos y quimeras, en sus traiciones y lealtades, en sus conductas celosas, tímidas, hipócritas, vengadoras, místicas y voluptuosas. Por ello, quien quiera calar a fondo la talla psicológica del fraile madrileño ha de conocer necesariamente a Laurencia, Enrico, Jezabel, Mireno, Marta, Rogerio, Pablo y tantos otros; oír sus monólogos, seguir su conducta y reacciones, sentirles "vivir", en una palabra, a lo largo de los tres actos o jornadas<sup>8</sup>.

Lógicamente, aquí tan sólo nos ocuparemos de aquellos parlamentos —más o menos relacionados con el tema que nos ocupa—, que brotaron directamente de labios de sus personajes, pero cuyo valor psicológico —insistimos— ha de ser infinitamente menor a aquel que, palpitante, da vida a sus figuras, con cuya creación agotó prácticamente su enorme caudal de conocimiento humano.

Las nociones de psicología que "directamente" recogemos, y de preferencia en *La Ninfa del Cielo*<sup>9</sup>, si bien ricas en contenido doctrinal, de indudable interés, aparecen mezcladas —como no podía menos de suceder— con reflexiones teológicas, por lo que consideramos su transcripción fuera de los límites del presente estudio. Otras alusiones a funciones del psiquismo se leen en *El Vergonzoso en Palacio* (Acto II, Escena XIII), *El Melancólico* (Acto I, Escena X) y *La Fingida Arcadia* (Jornada I, Escena VIII).

Una curiosa alusión sobre el asiento de la función anémica

<sup>8</sup> Si Dios quiere, y el compás del tiempo nos abre un paréntesis, intentaremos glosar, en un futuro trabajo, algunas de las más recias personalidades de la obra del ilustre mercedario.

<sup>9</sup> *La Ninfa del Cielo* es un Auto Sacramental —particularmente valioso— cuyos principales personajes son: *El Alma (la Ninfa)*, *La Memoria*, *El Entendimiento*, *El Pecado*, *La Malicia*, *El Deleite* y *Cristo*.

creemos puede interpretarse como típicamente frenológica se lee en *La Ninfa del Cielo* (Auto); habla *La Voluntad*:

"Siempre con tanta aspereza,  
Memoria, fuiste cansada.  
Jactaos de vuestra nobleza  
que la tenéis colocada  
casi al fin de la cabeza,  
de donde os viene tener  
naturaleza motiva."<sup>10</sup>

Sobre las profundas esferas del inconsciente, la aguda intuición de Téllez, capta la motivación afectiva de un "lapsus":

"Elena

¡Otro cuidado, otra pena  
mostrastes en ese error!  
Marqués en los hombres sabios  
tal error verdad contienen,  
porque el corazón se viene  
muchas veces a los labios.  
¿En vuestra boca otro nombre?  
¡En vuestro pecho otro amor!  
La memoria hizo ese error;  
pero ¿que mucho? Sois Hombre."

(*Cautela contra cautela*: Acto I, Escena III)

Excelente pintor de las pasiones humanas, se preocupa Tirso reiteradamente de la vida afectiva —sobre todo si ésta es violenta—, dejándonos excelentes descripciones, que por salirse de los estrictos cánones que hemos impuesto a este trabajo, tampoco serán aquí motivo de especial referencia<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> Doña Blanca comenta el oscuro significado de la palabra "motiva": ¿Emotiva? ¿Movable? ¿Motivada o motivadora?, añadimos nosotros.

<sup>11</sup> *Deleitar aprovechando*: Domingo por la mañana, fols. 28 y 33 y Martes por la mañana, fol. 282 v. *La Lealtad contra la envidia*. Trilogía de los Pizarros. Parte III: Jornada I, Escena IX.

### CAPÍTULO III

#### PATOLOGIA Y TERAPEUTICA GENERALES

Reflexiones sobre problemas de diagnóstico, prognosis y terapéutica generales se encuentran, con cierta frecuencia, y, en ocasiones, discreta amplitud, en la obra de Tirso de Molina. De ellos nos corresponde hacer ahora una mención comentada, comenzando por los primeramente citados.

Gran importancia concede nuestro autor, en efecto, al problema diagnóstico, particularmente si es etiológico, pues, en todo caso, es premisa indispensable para que la terapéutica se aplique felizmente:

*"Clavela*

que mal que no se declara,  
dificilmente se cura"

(*El Castigo del Penséque*: Acto II, Escena VI)

*"Orfa*

porque el mal que no se sabe  
con dificultad se cura"

(*La Mejor espigadera*: Jornada II, Escena I)

*"Beatriz*

...No es tan grave  
el mal, si el porqué se sabe."

(*Amar por Señas*: Acto I, Escena XII)

Téllez parece tener gran fe en el valor, tanto de los signos subjetivos o "relatados", como de los objetivos o "recogidos"; he aquí un ejemplo de lo primero:

*"Tamar*

Si hablando no me la enseñas,  
mal tu enfermedad sabré."

(*La venganza de Tamar*: Acto II, Escena VI)

y otra cita confirmatoria de lo segundo:

*"Orfa*

la enfermedad toda es lengua  
que sus tormentos explica.  
Habla el pulso, la color,  
hablan las manos, los ojos,  
el destemplado calor,  
los suspiros, los enojos,  
los desvelos, el dolor."

(*La Mejor espigadera*: Jornada II, Escena I)

De los recursos habituales del diagnóstico médico, el único citado, y con cierta reiteración es el "pulso", que no debería tomarse en "vena obtusa"; su valor semiológico sería inmenso, según parece deducirse de estas citas:

*"Juan*

El médico por el pulso  
conoce la enfermedad ;"

(*Doña Beatriz de Silva*: Jornada I, Escena II)

*"Amon*

Pues yo del pulso bien sé  
que es lengua que habla por señas.

.....  
Toma este pulso ; en el pon  
los dedos como instrumento,  
a cuyo encendido acento  
conceptos del corazón  
entiendas."

(*La venganza de Tamar*: Acto II, Escena VI)

Escasas, y no muy claras, son las noticias sobre prognosis. Con gran trabajo reunimos tres de cierto significado; en la primera y más sugestiva parece indicarse que el hecho de que la enfermedad siguiera lo que pudiéramos llamar "un plan previsto", no dejaría de ser un signo favorable:

*"Juan*

Pues ha salido a la mía  
a tal tiempo la señal,

no es mi enfermedad mortal;  
posible sanar sería."

(*Doña Beatriz de Silva*: Jornada II, Escena XIX)

Las otras dos, sobre el síndrome febril, nos hablan de su benignidad y malignidad; de la "crisis sudoral" como indicio de declinación, y de sus "accesiones, aumentos, estados, decrementos y términos"<sup>12</sup>.

El capítulo terapéutico, ciertamente extenso, incluye una serie de reflexiones o normas generales que deben presidir toda intervención curativa del médico. Es digno de anotarse cómo Tirso, grave difamador de la clase médica, parece otorgarles aquí un voto de confianza, censurando más bien la conducta del enfermo rebelde:

"*Leonora*

Señales da vuestro amor  
de que la enfermedad crece,  
pues todo enfermo apetece  
lo que le ha de estar peor."

(*Privar contra su gusto*: Acto I, Escena I)

"*Leonela*

No hay receta,  
por sabio que sea el doctor,  
que aproveche si el enfermo  
no la quiere ejecutar."

(*Quien no cae, no se levanta*: Acto III, Escena I)

El amable trato y asistencia no deben excluir una cierta disciplina, siendo perjudicial el excesivo regalo:

"... algunas veces se permiten a un enfermo privilegios que le dejan después de convalecido, mal acostumbrado."

(*Deleitar aprovechando*: Martes por la mañana, fol. 233 v.)

Supuesta la buena disposición del enfermo, consignamos a

<sup>12</sup> *La Elección por la Virtud*: Jornada I, Escena X; *Deleitar aprovechando*: Martes por la mañana, fol. 289 v.

continuación unas agudas y doctísimas reflexiones sobre teoría general del proceder terapéutico:

"Mucho se diferencia la Teórica de la Práctica... ¡Qué de Médicos habemos visto en las Cátedras águilas, y en los pulsos idiotas! no es maravilla, que como el arte de curar en cuanto ciencia, tiene por objeto al hombre enfermo en común, estudia y enseña su profesor remedios generales, que aplicados en individuo, por no conocer las condiciones particulares, antes aceleran la muerte, que la atajan."

(*Deleitar aprovechando*: Domingo por la mañana, fol. 17)

La siguiente cita anuncia las dos grandes armas contra la enfermedad: la profilaxis, y el tratamiento propiamente dicho:

"*Don Sancho*

Dos modos hay de curar,  
y milagrosos entrambos.  
El preservativo es uno,  
con que se previene el sano,  
y se cura antes, que llegue  
el mal que está recelando;  
porque el sangrarse en salud  
suele excusar muchos daños.  
Ya no podéis usar éste:

.....  
Pues venga el segundo medio:

.....  
ya que en la cama caistes

.....  
Apliquemos medicinas.

.....  
La dieta es el remedio  
más eficaz y ordinario."

(*El Celoso Prudente*: Acto III, Escena XV)

La medicina, precisaría en su aplicación, oportunidad y sabia administración, pues de lo contrario sería perjudicial:

"... que medicinas mal aplicadas, cuanto más eficaces, hacen más daño."

(*Los Cigarrales de Toledo*: Cigarral 3.º, p. 204)

Hombre muy de su tiempo, Tirso de Molina se muestra, como los mejores médicos del siglo, enemigo de la compleja farmacopea medieval, arábica. Afirma por él, *Don Pedro*, en *La prudencia en la mujer*:

"No hay medicina que sea  
más conforme a la salud  
que la simple, porque daña  
nuestra vida la compuesta."

(Acto III, Escena VIII)

Como remedios hasta cierto punto "inespecíficos", recogeremos en este capítulo —dejando a un lado el vulgar "mudar aires"— la hidroterapia, general o local, y la evacuación sanguínea, bien por apertura venosa mediante "lanceta", o llevada a cabo por aplicación de sanguijuelas. Son mencionados en *Los lagos de San Vicente* (Acto III, Escena IV); *Del enemigo, el consejo* (Acto II, Escena X); *El Amor y el Amistad* (Acto III, Escena VI); *Por el sótano y el torno* (Acto I, Escena XV) y *Siempre ayuda la verdad* (Jornada II, Escena XI).

Capítulo de excepcional importancia en la obra del fraile mercedario es sin duda el de sus ideas "psicosomáticas"; a continuación recogemos una serie de citas que nos permiten afirmar la existencia en Téllez de una notable intuición, en esta trascendental parcela de la medicina de hoy.

En su concepción "psicosomática" del hombre, éste funcionaría como un todo, y los más elementales fenómenos somáticos no podrían escapar al control e influencia anímica<sup>13</sup>. Pero lo más importante es que a esta concepción "antropológica" corresponden una patología y una terapéutica necesariamente psicosomáticas; y así, en la enfermedad siempre palpita la doble afectación de cuerpo y espíritu; oigamos a *Doña Jerónima*, que nos servirá de intérprete, a través de una metáfora amorosa:

---

<sup>13</sup> *Bellaco sois, Gómez*: Acto III, Escena XXIII; *El Melancólico*: Acto III, Escena XVII; *La Ninfa del Cielo*: Auto.

"También es enfermedad  
 el amor, y aunque es afeto  
 del alma, cuyo sugeto  
 es señor, la voluntad ;  
 como obra por instrumentos  
 corporales, y es pasión  
 que asiste en el corazón,  
 suelen los medicamentos  
 hallar cura en la experiencia ;  
 que el alma espiritual  
 presa en el campo mortal,  
 obra siempre en su presencia.  
 El pulso tenéis amante ;"

(*El Amor médico*: Acto II, Escena XV)

Rogero, sugestivo personaje de *El Melancólico*, es aún más explícito:

"Como el alma  
 de la enfermedad del cuerpo  
 defectos participaba,"

(*El Melancólico*: Acto III, Escena XXIII)

Aplicada esta doctrina al terreno de la terapéutica, nos ofrece en la obra de Tirso, las más importantes conclusiones. En primer lugar un correcto tratamiento exige una serie de condiciones por parte del médico, a fin de que éste resulte agradable al enfermo, captando rápidamente su confianza; ya vimos la opinión de *Doña Jerónima* en *El Amor Médico*:

"Agrado, lenguaje, forma,  
 vestido, limpieza, olor,  
 disminuyen las congojas  
 del enfermo, si las tiene  
 el médico, mi señora.

.....  
 Pues si entra a ver al paciente  
 un doctor, presencia tosca,  
 mal vestido, peor hablado,  
 ¿cómo es posible que ponga  
 buen ánimo en sus enfermos?"

(Acto II, Escena VIII)

*Pinzón*, el "gracioso" de *La fingida Arcadia*, se expresa en términos parecidos:

"... que el que es bueno  
para hacer mejor su oficio  
ha de ser jovial, discreto,  
curioso en talle y vestido  
para que alegre al enfermo."

(Jornada II, Escena XV)

Esta postura del médico, favorable a la sintonización afectiva, ha de encontrar en el enfermo una buena disposición:

"La buena fe que el enfermo tiene en el médico, ¡generoso Marco Antonio!, es el principio de su salud".

(*Los Cigarrales de Toledo*: Cigarral 3.º, p. 200)

Cumplidas ambas premisas, comienza la labor terapéutica propiamente dicha. Tirso la resume en estos cuatro versos excepcionales:

"Doña Jerónima

primero se han de curar  
los afectos que apasionan  
el alma, que los del cuerpo,  
sol aquella, estotro sombra."

(*El Amor médico*: Acto II, Escena VIII)

Otros textos remachan suficientemente la importancia del bienestar espiritual, y su influencia vivificadora de lo somático:

"La Medicina que con mayor facilidad y presteza restaura la salud al enfermo menos remediable, dicen sus profesores, es el aliento del ánimo del paciente; pues cuando éste con esperanzas animosas desmiente los peligros, rigiéndose la porción ínfima de la carne, por la superior del espíritu, las más veces se mide por sus pasiones, descaeciendo en las adversas, y recobrándose en las prósperas."

(*Deleitar aprovechando*: Lunes por la mañana, fol. 93)

Con carácter más específico, vemos algunas "curaciones por ensalmo", tomado aquí como "palabra mágica".

A continuación un interesante juicio sobre la catarsis verbal "ex ore":

"Por muchas razones, respondió don García, debo hacer lo que me mandáis (contarle sus penas). Y entre otras, por el desahogo que trae consigo el referir un apasionado sus desdichas; que aunque dicen que el refrescar la memoria suele aumentar tormentos, yo soy de opinión contraria: pues es alivio del enfermo el quejarse, y mal que tiene desaguadero en la lengua no aprieta tanto el corazón."

(*Los Cigarrales de Toledo*: Introducción, p. 31)

Finalmente, la mejor terapéutica sería la que llevara a cabo la propia energía psicológica del enfermo, que estimulando la vitalidad amortecida, lograría el deseado restablecimiento:

"*Rey*

Amanezca alegre el día  
segunda vez en tu cara,  
cesará la muerte avara  
que en tinieblas nos tenía.  
No hay médico ni aforismo  
que así al enfermo asegure,  
por más que recete y cure,  
como el que padece el mismo,  
si resistiendo a la muerte  
y dando aliento a la vida  
pasiones del alma olvida  
y sus tristezas divierte.

(*Los lagos de San Vicente*: Acto II, Escena II)

## CAPÍTULO IV

### CUESTIONES CLINICAS

Muy varias son las afecciones de las que se encuentra alusión en las obras de Tirso de Molina; las repasaremos brevemente aquí, reagrupándolas por materias, para que su rememoración resulte menos fatigosa.

El primer apartado lo constituirán los afectos neuropsiquiátricos; en el capítulo de neurología, ciertamente escaso, tan sólo nos ha sido posible recoger algunos "accidentes de perlesía y apoplejía"; en su etiología se resalta el importante papel de las transgresiones distéticas, y en terapéutica, la utilidad de derivados sanguíneos, como "fricciones de piernas" y aplicación de "ventosas". *Los tres maridos burlados* (B. A. E. XVIII, p. 483), y *La fingida Arcadia* (Jornada III, Escena V).

Incluiremos también las alusiones recopiladas sobre "cefalea" y su método curativo, no raras en la obra del Mercedario:

#### "Cristal

Este es ramo de ajaqueca,  
mal antiguo; el ejercicio  
le alivia, y más si echa flemas,  
tomando tabaco en polvo,  
y estornudando a docenas."<sup>14</sup>

(*No hay peor sordo...*: Acto I, Escena X)

La siguiente crisis, muy descriptiva, es de dudosa interpretación; posiblemente "jaquecosa", podría también ser considerada como de "Menière":

---

<sup>14</sup> Otros procederes terapéuticos de la "ajaqueca" caen aún más dentro de la heterodoxia curativa, siendo remedios típicamente curanderiles; así, el colocarse cierta sortija en la muñeca, o atarse fuertemente el dedo "corazón" (*No hay peor sordo...*: Acto I, Escena X, y Acto II, Escena IV).

"Doña Lucía

Tengo un cruel  
dolor de cabeza ¡Ay Dios!  
Parece que entrambas sienes  
se me parten.

.....  
¡Jesús! ¡Jesús! que ruido  
tan grande!

.....  
Aquí dentro siento  
las ruedas todas de un coche.  
—Ya parece que se alivia.

.....  
¡Válgame Dios! que zumbido  
me ha dado en aquesta oreja!"

(No hay peor sordo...: Acto III, Escena I)

Más amplias son las referencias que, en la obra de Téllez, pueden leerse sobre afecciones psiquiátricas. Son, sin embargo, escasos los enfermos mentales auténticos que vemos actuar en el tablado; casi siempre se trata de locos fingidos, que buscan con tal argucia alcanzar concretos fines. La forma adoptada es con más frecuencia la melancólica de *Doña Estefanía*, que la frenética y delirante de *Ulises*. Otras veces son arrebatos pasionales, indiferenciables semiológicamente de la auténtica enajenación:

"Ricardo

tu desatinas,  
o alguna pasión secreta  
tu memoria tiraniza."

(Amar por razón de estado<sup>4</sup> Acto I, Escena VI)

"Antipatro

o estás loco o lo que creo  
por más cierto, estás celoso,  
que amor, con celos furioso,  
las formas hurta a Proteo."

(Vida y muerte de Herodes: Acto I, Escena V)

Estas "pseudolocuras", casi siempre originadas por una honda y violenta tensión afectiva, quedarían, por tratarse de disturbios meramente anímicos, fuera de la habitual terapéutica:

*"Menalipe*

No curas como discreta ;  
que el alma, espíritu puro,  
ni a las hierbas, ni al conjuro  
como el cuerpo se sujeta ;

.....  
Miente la ciencia y la fama  
que en las plantas piensa hallar  
virtudes con que curar  
penas..."

(*Amazonas de las Indias*: Trilogía de los Pizarros. Parte II: Jornada II, Escena IV).

La etiopatogenia de las enfermedades mentales, dejando a un lado la concepción vulgar de "se le secó el cerebro", también recogida en Tirso —"Porque tengo la cabeza / con notable sequedad"—, es fiel a la doctrina humoral; he aquí un ejemplo:

*"Pinzón*

Este frenesí molesto  
procede del *atrabilis*,  
quiero decir, de humor negro,  
mezclado con la *pituita*."

(*La fingida Arcadia*: Jornada II, Escena XIV)

De psicopatología, únicamente advertimos referencias —abundantes por cierto—, a las alteraciones cualitativas de la sensopercepción, a los fenómenos alucinatorios (*La Mujer por fuerza*: Jornada III, Escena XII; *La Santa Juana*. Parte I: Acto I, Escena I y *Deleitar aprovechando*: Lunes por la mañana, fol. 131).

El pronóstico, hasta hace muy poco desgraciadamente infausto, se comenta desfavorablemente: "porque el loco tarde sana"; especialmente incurable será la alteración crónica:

"Don Juan

difícilmente se cura  
si se arraiga la locura."

(Doña Beatriz de Silva: Jornada II, Escena XVI)

La lamentable situación del orate en la sociedad, se transparenta en estos parlamentos:

"Lamberto

que como loco he de hacer  
que te salgan a correr  
los muchachos."

(El Caballero de Gracia: Jornada I, Escena VII)

"Próspero

Si de ser loco os preciáis,  
y con eso os disculpais,  
haré vestiros de loco,"

(Palabras y plumas: Acto I, Escena VI)

"Padilla

Dalda con esta pretina  
tres o cuatro latigazos,  
que es la mejor medicina  
para locos."

(Antona García: Acto III, Escena VI)

De concretas afecciones mentales son mencionados el "frenesí", casi siempre de modo inespecífico, y, sobre todo, la "melancolía", de la que logramos recopilar unas cuantas citas. El primer rasgo destacado es su naturaleza endógena genotípica, heredada:

"Duquesa

Siempre la melancolía  
es afecto natural,  
y desde el principio mal  
que con la sangre se cría."

(La Ninfa del Cielo: Jornada II, Escena I)

"Don Inigo

dejémosla; que es costumbre,

que de su madre heredó,  
la tristeza..."

(*El Amor médico*: Acto II, Escena IV)

A continuación oigamos qué arguye de la "melancolía", *Doña Jerónima*, nuestra conocida protagonista de *El Amor médico*:

"Esta calidad morbosa,  
que de malas influencias  
aires y gente inficiona,  
produce melancolías,  
y aunque no enferme, congoja  
cualquiera disposición,  
si bien unas más que otras;  
porque aumenta el atrabilis  
terrea, fría, y que provoca  
a retiros intratables.  
Si Vueseñoría, señora,  
no procura divertirse  
y imagina, estando sola,  
tristezas, enfermará;"

(Acto II, Escena VIII)

El capítulo terapéutico, prácticamente nulo, se limita a unas medidas higiénico-dietéticas, imposibles de transcribir dada su extensión e interés relativo<sup>15</sup>, y a unas breves reflexiones sobre el beneficioso efecto de la música y las flores sobre el "afecto melancólico", apoyándose para justificarlo en el testimonio de Hipócrates.

Seguidamente incluimos unas agudas observaciones acerca del tratamiento de enfermas "indudablemente" histéricas:

"*Doña Estefanía*

Mejoran  
los enfermos de mi humor

<sup>15</sup> Un régimen dietético "completo" aplicado en la "melancolía", puede verse en *El Amor médico* (Acto II, Escena VIII). Otro, a emplear en el "frenesi", y revistiendo cierto carácter festivo, en *La fingida Arcadia* (Jornada II, Escena XIV).

sólo con ver de hora en hora  
al médico junto a sí."

(*El Amor médico*: Acto II, Escena VIII)

"Tello

El más eficaz remedio  
de toda doncella ha sido  
cuatro arrobas de marido,  
sin suegra que se entre en medio."

(*El Amor médico*: Acto II, Escena VI)

Finalmente unas alusiones al llamado "mal de corazón" o "gota coral", afecto epiléptico o epileptoide, interpretado en aquel tiempo como de origen cardíaco; a continuación dos textos de *Deleitar aprovechando*:

"... negada de sus manos, y éstas tullidas por la ingratitud de sus dientes, que no la perdonaba siempre que la oprimía el adquirido mal de corazón, siendo esto dos y tres veces cada día."

(Lunes por la mañana: fol. 107 v.)

"... desmayada dió consigo en tierra, despedazándole las manos y los brazos el intruso mal de corazón..."

(*Ibid*: fol. 108 v.)

Un grupo especial pueden constituir las referencias, en ningún caso muy amplias, que en las obras de Tirso se hallan sobre afectos de localización cráneo-facial.

De oftalmología, únicamente es nombrada la vulgar "catarata" —"una nube en cada niña"—: como cita curiosa anotaremos una curación milagrosa de Santa Tecla: un travieso niño, ciego de un ojo hostiga a un pájaro, que acaba por hundirle el pico en el ojo enfermo, devolviéndole la vista:

"... cirujano el ave, y sangrándole la nube, expelió el humor de que se causaba, y se le purificó, dejándole, si no más claro, igual en perfección y vista al compañero."

(*Deleitar aprovechando*: Domingo por la mañana, fol. 63 v.)

Sobre patología auditiva, se habla, sobre todo, en la comedia de ya sugerente título *No hay peor sordo...*; repasemos

brevemente la etiología, pronóstico y terapéutica de una "sor-dera":

*"Don García*

Dio en lavarse la cabeza  
anoche, y el tiempo es tal,  
que con menos ocasión  
he visto yo ensordecer  
otras de más complexión ;"

(Acto III, Escena IX)

*"Don Antonio*

Sanará, no hay que dudar ;  
que no es difícil curar  
la sordez cuando es reciente."

(Acto III, Escena XI)

*"Doña Lucía*

Mejores son  
unos cogollos de ruda,  
y aceite de manzanilla."

(Acto III, Escena XI)

No son raras las alusiones, casi siempre metafóricas, a la extracción dentaria ; vemos, pues, utilizar las expresiones "raigón", "sacamuelas", "gatillo", "tenazas" y "enjuague". Una concreta mención a la "caries dental", puede leerse en *El Pretendiente al revés* (Acto I, Escena XII).

En cuanto a las enfermedades de preferente localización tóracoabdominal, diremos, comenzando por las primeras, que son muy abundantes aunque inespecíficas, las noticias sobre "toses", "catarros" y "romadizos"; una referencia sobre el "dolor de costado", señalando su punto crítico en "el séptimo día", puede verse en *La Santa Juana*. Parte III (Acto II, Escena IV).

Una hábil pincelada sobre la "lipotimia", es cuanto recogemos de afecciones vasculares:

"... hallándola inmóvil, creí que estaba muerta, porque negando el corazón su vital movimiento a los pulsos, y el calor

abrigo a las manos y al rostro, engañara otra mayor experiencia que la mía..."<sup>16</sup>

(*Los Cigarrales de Toledo*: Cigarral 3.º, p. 211-212)

Sobre patología y terapéutica abdominales, una cita acerca de la "disentería" en *La fingida Arcadia* (Jornada II, Escena XI); de "purgantes" —"sen", "ruibardo", "mercuriales"— nos habla *La Dama del Olivar* (Acto III, Escena VII). En *El Amor médico* hallamos alusiones a problemas de patología hepática y su tratamiento:

"Doña Jerónima

Tenéis toda la región  
del hígado por la cólera  
lesa, que con la pituita  
quemándola se incorpora.  
Ahora bien, señora mía:  
Vuesiria se disponga  
a preservar accidentes  
que la experiencia diagnóstica  
nos indica: lo primero,  
con desta flamagoga  
y algo colagoga, enfrene  
cualidades licenciosas."

(Acto II, Escena VIII)

De aparato urinario presenta únicamente las afecciones "mal de hijada" y "mal de orina", considerados como atributos de la vejez. He aquí los anuncios:

"Según arenas criáis,  
y estáis ya caduco y viejo,  
moriréis de mal de orina  
como no os remedie el cielo."

(*Los Cigarrales de Toledo*: Cigarral 3.º, p. 241)

<sup>16</sup> Vuelve a repetirse en este accidente la terapéutica, ya nombrada a propósito de la jaqueca, de apretar el dedo "corazón":

"... para volverla en sí, usaba del común remedio que en semejantes deliquios se acostumbra, apretando el dedo anular por la correspondencia y parentesco que este tiene con el corazón...".

(*Deleitar aprovechando*: Martes por la mañana, fol. 257).

Su tratamiento: "una piedra... verde oscura", sin duda la famosísima "piedra bezoar". Del "mal de orina", poseemos una cita índice de su gravedad: "Murió de mal de orina en cuatro días"; probablemente una anuria con su correspondiente uremia.

En el grupo de afecciones cutáneas tan solo encontramos menciones a la "sarna" y a la "tiña"; de la primera, aparte de su cronicidad —"vivas más años que sarna", dice uno de sus personajes—, destaca Tirso, sobre todo, su etiología por el pequeño ácaro (*La Santa Juana*. Parte I: Acto I, Escena I). Respecto a la tiña, dos rasgos son anotados: su contagiosidad —"que amor cual tiña se pega"—, y la alopecia resultante (*La Joya de la Montaña*: Jornada I, Escena IV).

En el capítulo de venereología, es obvio que la sífilis, "mal de bubas" o "mal francés", abundantísimo en aquella época, había de dejar necesariamente huella en la obra del Mercedario; numerosas son, en efecto, sus citas, casi todas referentes al valor curativo del llamado "palo" (palo de guayaco). Transcribiremos una estampa luética del segundo *Burlador*:

"Marqués

Este verano  
se escapó del mal francés  
por un río de sudores,  
y está tan tierna y reciente,  
que antes de ayer me echó un diente  
en medio de mil favores."

(¿Tan largo me lo fiáis...?: Jornada II, Escena V)

En un concreto apartado reunimos aquellas enfermedades, cuya presentación es ordinariamente epidémica. Dejando a un lado los "romadizos", "sarampiones", "garrotillo", y fiebres intermitentes de todo tipo —"tercianas", "cuartanas", "ciciones"— de las que hay abundantes ejemplos, nos referiremos casi exclusivamente a las enfermedades "pestilenciales".

Brevísimas citas anotamos sobre la *viruela*, de la que no destaca sino su carácter "estrellado", y los "hoyos" residuales; igualmente sucede con el *tabardillo con pintas*, del que

únicamente dice que "acaba casi de repente las vidas". Muy frecuentes son, por el contrario, las alusiones recogidas sobre la *peste*, que a la sazón debía abundar, y singularmente en Lisboa, según se apunta repetidas veces en *El Amor médico* (Acto II, Escenas II y IV). Nombrada con pavor, "donde llega / no deja cosa ninguna", la manera de defenderse contra ella serían las habituales y draconianas medidas profilácticas:

"Santa

A los que están apestados  
dicen que nadie se llega  
porque su mal no les toque."

(*La Santa Juana*: Parte II: Acto II, Escena V)

"Inés

Desterrar a quien la pega  
y guardad ciudad o villa  
es medio que la sosiega."

(*Doña Beatriz de Silva*: Jornada III, Escena V)

"¡A casa que está apestada,  
cerralla y ponella fuego!"

(*Los Cigarrales de Toledo*: Introducción, p. 73)

Una metáfora amorosa nos sirve de intérprete a un curioso y, en parte, homeopático proceder curativo de la "rabia":

"... no hay medicina más eficaz en la botica de la experiencia que el sacar un clavo con otro, curando celos con celos, pues si se comparan a los perros rabiosos, sus mordeduras se remedian con sus propios pelos."

(*Los Cigarrales de Toledo*: Cigarral 2.º, pp. 142-43)

Finalmente una cita que podríamos incluir bajo el epígrafe de *Medicina tropical*, nos da noticias de ciertos artrópodos:

"Caravajal

Mosquitos hay tan valientes  
que taladran, cuando pican,  
una bota de vaqueta,  
porque son aleznas vivas.  
Jejenes hay aradores,

que, imposibles a la vista,  
dan más dolor, si se ceban,  
que una azagaya morisca."

(*Amazonas de las Indias*. Trilogía de los Pizarros:  
Parte II: Jornada II, Escena III)

El capítulo traumatológico es, en la obra de Tirso, aunque profuso, de un interés relativo, pues, lógicamente, adolece de imprecisión. A fines didácticos, lo dividiremos en dos apartados: el de traumatismos cerrados y el de traumatismos abiertos o heridas. En el primer grupo, brevísimo, tan sólo recogemos un par de caídas de caballo, seguidas de pérdida de conocimiento —“sus pulsos sin fuerza están”—; su terapéutica, la “sangría”. (*Por el sótano y el torno*: Acto I, Escena XV y *Próspera Fortuna de Don Alvaro de Luna y Adversa de Ruy López Dávalos*: Jornada III, Escena II).

En cuanto a las heridas, pocas son las referidas a las armas de fuego (*Los Cigarrales de Toledo*: Cigarral 3.º, p. 233) siendo en cambio muy numerosas las achacadas al “arma blanca”, justificadas por los frecuentes escenarios de guerras y pendencias que en la obra se consignan. El dolor y la hemorragia —“que la falta de sangre fuera de acuerdo le lleva”— serían los síntomas cardinales. Una aguda observación de *Los Cigarrales de Toledo*, nos pone en relación con el entumecimiento post-traumático:

“Pero sucedióme lo que al que recibe una herida mortal, que, al principio, la fuerza del golpe adormece de suerte el sentimiento, que no le duele, siendo después tanto mayor cuanto lo fueron las treguas que dio el dolor.”

(Introducción, p. 57).

Particularmente interesante son las opiniones que incluye Téllez sobre la mayor o menor gravedad de las heridas, que, en primer lugar, no guardaría relación con su amplitud:

“*García*

Aunque fue grande la herida  
no corre riesgo su vida.”

(*Los Lagos de San Vicente*: Acto I, Escena IV)

Tampoco sería grave la herida aparatosa sin lesión osea :

"... pues aunque le pasó una bala un muslo y una grande cuchillada le abrió el brazo izquierdo, son heridas que sin lisió de los huesos, asómbando a la vista, aseguran de la muerte."

(*Los Cigarrales de Toledo*: Cigarral 3.º, pp. 227-28)

En el siguiente texto se reúnen las principales circunstancias condicionantes del pronóstico: edad, constitución, infección y no lesión de estructuras importantes:

"... su robusto temperamento, la edad florida, el no haberle sobrevenido calentura, las heridas que, peligrosas en la apariencia, no lo eran en la sustancia, y el cuidado interesable de los médicos, se opusieron a los desmayos segundos, y aseguraban su breve mejoría..."

(*Deleitar aprovechando*: Martes por la mañana, fol. 233)

Las medidas terapéuticas irían en primer lugar encaminadas a cohibir la hemorragia, lo que se llevaría a cabo —aparte de con las "mágicas yerbas"— mediante ligaduras con "listones" o "vendas", aplicadas sobre la misma herida. La mejor antisepsia, sin duda, el "cauterio":

"*Mosquete*

...heridos  
de la campaña pasada,  
les diste cura abreviada  
con cauterios encendidos."

(*La Joya de las Montañas*: Jornada II, Escena II)

Y para final transcribimos, por su fuerza poética, una desorbitada y simbólica imagen sanitaria, en el fragor de un combate:

"*Juan*

¿Qué cura pueden darme  
cuando con tanta suma el enemigo  
nos intenta oprimir? ¿Qué han de aplicarme  
si aquí la plaza de armas es botica,  
la cama el arrimarse al muro o pica,

y ungüentos contra flechas y lanzadas  
enjundias de los muertos que quemadas  
y en hilas embebidas  
antes crecen que curan las heridas?"

(*La lealtad contra la envidia*. Trilogía de los Pizarros. Parte III: Jornada II, Escena III).

## CAPÍTULO V

### TOCOLOGIA, PEDIATRIA, SEXOLOGIA

Consideramos justificado reunir en un capítulo independiente, aquellas referencias que la obra de Tirso nos ofrece sobre las tres materias a que se alude en el título.

Lo iniciamos con un breve repaso a cuestiones tocológicas; y así, de *Don Gil de las Calzas Verdes*, recogemos una certera pintura de la embarazada:

*"Quintana*

No le para nada  
en el estómago y da  
unas arcadas terribles;  
la basquiña se le aova;  
pésale más que una arroba  
el paso que da; imposibles  
se le antojan..."

(Acto II, Escena VI)

De patología obstétrica, anotamos una probable "mola hidatiforme", en *Todo es dar en una cosa*:

*"Crespo*

¿Qué parió?

*Carrizo*

No sé como lo llamó  
la comadre...

...Un burujón  
vino a empujar con su cola  
redondo, que llaman bola  
de Beatriz.

*Crespo*

Callad, simplón.

Bola matriz debió ser.  
Milagro será si escapa."

(*Trilogía de los Pizarros*. Parte I, Jornada I, Escena XIV)

Completamos esta relación de citas obstétricas con la narración de un parto distócico, y su festivo desenlace en el pintoresco escenario de una venta: como se verá, pura "picaresca":

"Pero, en efecto, llegamos a ella a tiempo que estaba toda alborotada y llena de confusión por el peligroso parto de la ventera, siendo tan flemático en despedirse el cruel fruto de sus entrañas, que avecindado en ella por nueve meses, hacía ya tres días, que se hacía fuerte sin querer salir a luz... Dióle un accidente a la huésped, tan grande, que viniéndosele las tripas a la boca, creímos había de parir por ella... En esto dijo el criado [el del narrador] al ventero: Yo quiero desenojarle con hacerle, un emplasto a la enferma, que, Dios mediante, le hará, al momento que se le pongan sobre el vientre, arrojar del a la criatura más que de paso... Pues dénme... una docena de huevos frescos, media libra de manteca de vaca también fresca, una azumbre de vino blanco —lo mejor que hubiese en la venta— unas especies, azafrán, azúcar y canela, un poco de vinagre, si no lo hubiese rosado de esotro común; y sálganse de la cocina que no quiero sepan el secreto deste remedio que me enseñó mi madre, partera de Mocejón... Y descosiendo mi mozo un pedazo de un cuero, que por viejo ocupaba un rincón, lleno de pez, le calentó hasta derretirle, cerrando la puerta. Y haciendo los doce huevos mezidos con el azúcar, vino y canela... los trasladó a mi aposento sin ser visto... diciéndome: Cene vuesa merced a su placer y saque pan de las alforjas; que a costa de las tripas de nuestra ventera hemos de socorrer las nuestras... Y mientras me aprovechaba de esta burla... hacía el engañoso médico, machacando las cáscaras de los huevos y esparciéndolas por la pez del odre jubilado, a vueltas de algunas especies, incorporándose con ella por medio de la llama, de suerte que todo parecía una cosa. Llevólo a la cama de la afi-gida preñada; y haciéndola descubrir con la decencia y honestidad debida a la vergonzosa ventera, se le plantó en medio de la entumecida preñez, pegándosele el atractivo parche de modo, que a ser cabeza de niño de la Doctrina como era vientre

de aquel Paladion ventero, le arrancara no solo la tiña, pero los sesos tras ella. Dio un grito la empegada enferma, porque, como iba abrasando el cruel estomacicon, debió de asarla las tripas. Y levantándose a toda furia, ya fuese por el movimiento desusado que la forzó la partera quemazón, ya por haberse cumplido la hora deseada, allá arrojó un muchacho, en la corpulencia becerro, y aun en los bramidos que en vez de llanto daba. Vocearon todos de alegría, diciendo: Milagro, milagro!".

(*Los Cigarrales de Toledo*: Cigarral 3.º, pp. 179-83)

Pocas, muy pocas, son las citas pediátricas en la obra de Tirso; y es, que, ciertamente, no fueron los niños santo de su devoción; escasísimos son los que vemos deambular por sus comedias. Comenzaremos por algo referente al "fajado", que en aquel tiempo, es sabido, se hacía con inclusión de los brazos; su concesión de libertad, debería interpretarse como un signo de madurez:

"*Todos* (cantando)

Ya el muchacho se gorjea  
ya sabe decir "ajó";  
ya le han sacado los brazos,  
ya le han puesto el correón."

(*La Santa Juana*. Parte II: Acto I, Escena I)

Completan este apartado dos malformaciones congénitas; la primera, de dudosa interpretación, es la que sigue:

"*Girald*

Que nació lastimando compasiones,  
pegadas con las piernas las rodillas,  
que don Egas Muñiz con oraciones  
mereció en su salud ver maravillas;"

(*Las Quinas de Portugal*: Jornada I, Escena III)

La restante es el típico "antojo", que denostado durante mucho tiempo por la ciencia, parece revalorizarse actualmente, al aceptarse que, en casos excepcionales, un fuerte trauma sicógeno podría constituirse en factor etiológico de una malformación:

*"Quintana*

Encontráronse a la par  
 el placer con el pesar,  
 la esperanza y el temor;  
 y como estaba preñada,  
 fue el susto tan repentino,  
 que a malparir al fin vino  
 una niña mal formada."

(*Don Gil de las Calzas Verdes*: Acto III, Escena I)

Reagrupamos aquí, por último, las citas correspondientes a anatomo-fisiología y psicología de los sexos, así como algunas pertinentes al fenómeno "amor", eterna potencia de fusión entre dos personas de distinto sexo<sup>17</sup>. Sobre este último reflexiona poéticamente:

*"Decio*

Diversas definiciones  
 he visto tuyas, señor.  
 Unos le llaman furor,  
 y a sus efectos, pasiones;  
 otros dicen que es locura  
 o accidente que maltrata;  
 otros calidad innata  
 que al hombre inclinar procura  
 que ame de cierta edad  
 a quien tiene inclinación;  
 quién tal llama imperfección,  
 quién locura y liviandad.  
 El médico dice que es  
 cierto humor o destemplanza  
 de la sangre; semejanza  
 el filósofo; interés,  
 la dama; y el desvarío  
 del astrólogo adivina

<sup>17</sup> El "conflicto amoroso", no cabe duda, es eje en torno del cual gira toda la trama dramática del Mercedario. Aquí recogeremos únicamente aquellos textos que entren dentro de los estrictos límites impuestos al presente trabajo, siendo, por ello, útiles a nuestro propósito. (Véase la aclaración que antecede a las referencias psicológicas).

que es fuerza de astros que inclina  
a amar al libre albedrío.  
Fuego le llamaron ciento,  
pues que abrasa al que enamora,  
y agua le llama el que ignora:"

(*La Elección por la Virtud*: Jornada I, Escena III)

Las dos partes en que se divide el ser humano, aman a su manera; el espíritu se complace con querer y ser correspondido; el cuerpo, por medio de deleites sensitivos (*Deleitar aprovechando*: Martes por la mañana, fol. 233 v.). Sin embargo, Tirso, buen conocedor del género humano, no admite en buena lid "amores parciales":

"de dos sustancias se compone una hermosura, de la corpórea, y la del alma; y como éstas juntas constituyen un supuesto, y persona perfecta, el amor, que es potencia, y la tiene por objeto, si no apatece más de a la una parte, será amor platónico y mutilado."

(*Deleitar aprovechando*: Martes por la mañana, fol. 245 v.).

Un objeto, para ser amado, ha de ser previamente conocido, conocimiento que ha de venir necesariamente a través de la parte somática; ahora bien, descartada esta indispensable función del cuerpo como obligado mensajero de los estímulos ambientales, el espíritu tendría la virtud de mantenerle y amarle, sin necesidad de su presencia física, es decir, que "sin favor de los sentidos la perpetúa en sus imaginaciones": Esta reflexión referida al plano amoroso puede leerse en *Deleitar aprovechando* (Martes por la mañana, fol. 245).

No pasa desapercibida al mercedario la enorme fuerza del instinto, presto a reavivarse y atropellar la razón, cuando la ocasión es propicia. Dos ejemplos: en el primero *Elena* niega la posibilidad de abstención del acto carnal en ciertos momentos:

"...en tal ocasión,  
las riendas de la razón  
lleva el apetito ciego.  
Y cuando sea conocida,

¿cuál hombre querrá perder  
la ocasión de una mujer  
entre sus brazos rendida?"

(*Siempre ayuda la verdad*: Jornada II, Escena XVIII)

En el segundo, una agudísima observación que sólo puede proceder de quien conoce la psicología femenina tras las rejas del confesionario; el *Caballero de Gracia*, comenta ante el visible trasiego de una céntrica casa de prostitución:

"¿Qué doncella recogida,  
qué mujer noble y de suerte  
verá esta gente perdida  
al pasar, que no despierte  
la pasión más reprimida?"

(Jornada II, Escena V)

Las funciones "nutritiva" y de "generación", singularmente hiperactivadas, mostrarían entre sí un cierto antagonismo. Tirso, se ocupa de ello en un breve boceto del "magro" hipersexual, junto al "obeso" impotente:

*"Flora*

Todo hombre barriga  
es inútil para amante;  
todo marido tragante  
deleites de amor castiga.

*Nisiro*

Dios de importantes es Baco,  
y por eso es barrigón;  
dios de la generación  
es Pan, y le pintan flaco.  
Nineucio, que a Baco y Ceres  
por dioses, vicioso, adora,  
mas querrá dormir una hora  
que diez noches de mujeres."

(*Tanto es lo de más como lo de menos*: Acto II, Escena II).

A continuación la festiva pintura de un insuficiente genital:

*"Relox*

todo lampiño de barba  
y bigotes no procrea,

.....  
Capón es no más  
gente que trae sin vergüenza  
huevos de avestruz por caras,  
que las pestañas y cejas  
les han dado de barato."

(*La Romera de Santiago*: Jornada I, Escena III)

El capítulo de perversiones sexuales, abarca una gran variedad. Comenzaremos por dos ejemplos de homosexualidad: de la masculina una certera observación sobre el legítimo psicópata invertido, vulgarmente llamado "chicharrón":

*"Hortensio*

Julio, de barba cerrado,  
habla por tiple y sesea,  
y hará cualquier cosa fea  
un hombre tiple y barbado."

(*La fingida Arcadia*: Jornada I, Escena VIII)

En la mujer, no sería, tampoco, al parecer, infrecuente:

*"Lisandro*

Necia o loca debe ser;  
mas de mujer a mujer  
muchas veces amor pasa  
de parentesco a...

*Licomedes*

Callad.

*Lisandro*

Yo sé que algunas ha habido  
gran señor, que se han querido  
a lo malicioso."

(*El Aquiles*: Acto III, Escena I)

## La "bestialidad" de Pasife en toda su crudeza:

*"Dédalo*

Pasife, que es lo mismo  
que vil incontinencia,  
lascivia desbocada,  
frenética torpeza,  
de un toro...

bruto torpe,  
amante ciega,  
de tal modo se abrasa,  
con tal rigor se quema,  
que, monstruo de apetitos,  
más desatinos ceba,  
mirándole lasciva,  
que el toro paca hierbas.

.....  
Celos irracionales  
el alma la atormentan  
deseando transformarse  
en la rival juvenca<sup>18</sup>.

.....  
Así se precipita  
la humana incontinencia  
ya semejante al hombre  
al bruto y a la bestia."

(*El Laberinto de Creta*: Acto único)

Concluimos esta relación mencionando un dudoso caso de "fetichismo" aparecido en *Privar contra su gusto*, otro de "necrofilia" en *Vida y muerte de Herodes* (Acto I, Escena IV) y la versión que del vicio de Narciso se da en *El Laberinto de Creta* (Acto único).

<sup>18</sup> Es sabido que Pasife, esposa de Minos, rey de Creta, se enamora ciega y viciosamente de un toro. Para conseguir su propósito encarga a Dédalo, habilísimo escultor que labre una "hermosa vaca"; en que pueda introducirse: fruto de sus relaciones "bestiales", fue el Minotauro, monstruo asolador de poblaciones. De nuevo Dédalo es requerido para planear un laberinto en el que, encerrado este horrible engendro, no pueda salir jamás, siendo alimentado por la carne de siete mancebos que anualmente Atenas había de tributar.

## CAPÍTULO VI

### SOCIOLOGIA MEDICA

Recogemos en este apartado aquellas cuestiones, que aun estando relacionadas con la Medicina, participan de un mayor eco en la sociedad; diríamos, se trata, del modo que las colectividades humanas han buscado resolver los problemas individuales y comunitarios que la enfermedad plantea. En él incluimos todo lo referente a hospitales, universidades, ejercicio profesional, normas deontológicas, y medicina legal; completaremos esta última con el capítulo de las intoxicaciones, desglosadas así del harto extenso capítulo de las "Cuestiones clínicas".

Lo iniciaremos con las normas que han presidido la formación y quehacer profesional del médico, cuyos problemas, parecidos en todas las épocas, no pudieron pasar desapercibidos a la ágil pluma de Téllez. En cuanto a la Universidad, comenzaremos por los textos concernientes a la provisión de cátedras, cuestión siempre ardua y discutida. En *El Amor médico*, oímos hablar de cátedras de "vísperas" y de "prima", con una referencia bastante concreta al método de provisión; la escena tiene lugar en Coimbra:

*"Doña Jerónima*

Vuexcelencia ha de ampararme  
en una ocasión forzosa,  
donde me va por lo menos  
opinión, interés y honra.

*Don Iñigo*

Y ¿es la ocasión?

*"Doña Jerónima*

Heme opuesto,

por los que se me apasionan,  
a la cátedra de vísperas  
de Medicina.

*Don Iñigo*

¡Animosa  
resolución!

*Doña Jerónima*

Sígueme  
la juventud que me abona,  
y algunos graves del claustro,  
que son los que solos votan.  
De oposición leo mañana:  
apadríneme aquella hora  
Vueselencia y sus amigos;  
será cierta mi vitoria.

*Doña Estefanía*

Pues ¿qué hará mi padre en eso?

*Don Iñigo*

Iré yo, mi casa toda,  
y cuantos títulos tiene  
esta corte; y si os importa  
hablar votos...

*Doña Jerónima*

Eso no;  
mi justicia, señor, sola  
es de quien he de valerme;  
que los sabios no sobornan."

(Acto II, Escena VIII)

Seguidamente otro texto de "absoluta" actualidad:

*"Conde*

Si es pleito, ¿de qué te quejas?  
Pues aun en las oposiciones  
de cátedras hay licencia  
para decir los defectos,  
y no es bien que tú la tengas  
de llamarme a mí traidor,

y que yo, Alberto, no pueda  
decir que lo fue tu hermana  
a tu valor y nobleza."

(*La Mujer por Fuerza*: Jornada II, Escena XIII)

Sobre la enseñanza de la Medicina, Tirso no duda en hundir hasta el fondo el fino escalpelo de su crítica; veámoslo en unos fragmentos de *El Amor Médico*, por boca de *Doña Jerónima*:

"¡Cosa extraña, que en cualquier  
arte, por poco que valga,  
hay aprendiz que no salga  
con ella, echándole fuera,  
y que en esta no ha de haber  
médico que desechar,  
Quiteria!

.....  
¿No es lástima que examinen  
a un albeítar herrador,  
a un peraile, a un tundidor,  
y que antes que determinen  
que practique su ejercicio,  
aprueben su suficiencia;  
y la medicina, ciencia  
que no tiene por oficio  
menos que el dar o quitar  
la vida, que tanto importa,  
con una asistencia corta  
de escuelas, un platicar  
dos años, a la gualdrapa  
de un doctor en ella experto  
porque más hombres ha muerto,  
prolijo de barba y capa,  
en habiendo para mula,  
luego queda graduado,  
antes de ser licenciado,  
de doctor. Quien no regula  
estos peligros, ¿no es necio?

.....  
¡Que den

joya que no tiene precio,  
ni se puede restaurar,  
a un bárbaro desa suerte!"

(Acto I, Escena I)

En el ejercicio profesional, comprobamos la superioridad social del médico sobre el cirujano, que no adquirirá hasta bien entrado el XVIII un prestigio que le equiparará a aquel: de esta manera anotamos algunas actuaciones del cirujano "a vista de un médico". Y, según se desprende de un texto, también el "sangrador" debería obedecer estrictas órdenes del médico, sin iniciativa alguna en la intervención:

*"Don Fernando*

pena en Madrid nos ha puesto  
al sangrar sin permisión  
de los hijos de Galeno."

(*Por el sótano y el torno*: Acto I, Escena XV)

En el capítulo de Hospitales, advertimos una desacostumbrada benevolencia de Téllez, al enjuiciarlos:

"Pues aun en los hospitales, que se temen por el *non plus ultra* de los trabajos, vive la misericordia y se ejercita la paciencia, ayudada de tantos consejeros de la Gracia como frecuentan sus cabeceras de ordinario".

(*Vida de Santa María de Cervellón*: V, 52)

La asistencia a estos centros es uno de los ejercicios que con más frecuencia exalta, al reseñar las virtudes de los santos y santas que en su obra incluye; en la *Vida de Santa María de Cervellón*, hay una perfecta definición de cómo debe ser la colaborada del médico en un centro benéfico (II, 29). Sin embargo, no sólo preocupa a Tirso la importancia del hospital como lugar de ejercicio de las más altas virtudes humanitarias y cristianas, sino su primordial objeto, la curación de los enfermos; a este efecto sería requisito indispensable una adecuada y moderna instalación: y así, vemos decir a uno de sus personajes:

"...el comenzado hospital  
va conforme al arte y ciencia."

De hospitales con existencia histórica, real, el más nombrado, con mucho, es el *Hospital del Nuncio*, de la ciudad de Toledo, dedicado a enfermos mentales, y uno de los primeros que con este fin hubo en el mundo. Tirso lo conoció sin duda e incluso es probable lo frecuentara durante su larga estancia en la Imperial Ciudad; entre otras muchas citas, recogemos ésta, en que su ironía sutil le hace decir en la *Introducción a Deleitarse aprovechando*:

“Muchos son los que en estos tiempos desencuadernan el juicio de nuestros cortesanos; pero con más límite en España, que en otras provincias, donde cada calle es un Nuncio de Toledo.”<sup>19</sup> (fol. 2 v.).

Pero la más extensa alusión al referido establecimiento nosocomial la vamos a encontrar en las divertidas reflexiones que el embromado *Santillana* se hace en el cuento *Los tres maridos burlados* (B. A. E., XVIII, p. 488). Además del *Hospital del Nuncio*, son nombrados los de *Zaragoza* y *Esgueva*. (Valladolid).

Aparte de los nosocomios también se citan los “hospitales de Sevilla” (*¿Tan largo me lo fiais...?*: Jornada II, Escena IV), el llamado “Hospital de la Corte”, y otro —no sabemos si el mismo— que en Madrid edificaba la Infanta de Castilla y Princesa de Portugal Doña Juana (*El Caballero de Gracia*, Jornada II, Escena I). Finalmente, en *Don Gil de las Calzas Verdes*, se hace alusión al “hospital de las bubas”, sin duda el antiguo hospital toledano de *Santiago de los Caballeros*, dedicado íntegramente desde los Reyes Católicos al “mal de bubas, francés o napolitano”, verdadera plaga de aquella época.

No podían faltar sutiles observaciones sobre las “normas deontológicas”, que deben presidir toda intervención del clínico. Para empezar veamos lo que dice el mercedario del tan debatido tema de las “ganacias médicas”:

<sup>19</sup> Esta popular designación del Nosocomio toledano, que aun perdura entre los habitantes de la ciudad del Tajo, proviene de su fundador Francisco Ortiz, Nuncio de Su Santidad, que en 1498 inició con sus bienes esta gran obra, más tarde reformada por el Cardenal Lorenzana.

*"Doña Jerónima .*

que siendo médico yo  
de Cámara, ya adquirió  
principios mi calidad  
con que atesore intereses;  
que aunque entran necesitados,  
siempre mueren hacendados  
médicos y ginoveses.  
Yo estudié la Medicina  
por inclinación no más,  
sin que intentase jamás  
que facultad tan divina  
fuese de "pane lucrando".

(*El Amor médico*: Acto III, Escena VII).

Las cualidades morales serían fundamental instrumento del quehacer profesional:

*"Doña Jerónima*

¿Piensas tú que seda y guantes  
de curar tienen virtud?  
Engañaste si lo piensas;  
desvelos y naturales  
son las partes principales,  
que con vigiliass inmensas  
hacen al médico sabio."

(*El Amor médico*: Acto I, Escena I)

La falta de compañerismo, lacra, al parecer, de todos los tiempos, es también anotada por Tirso:

"...no incurriré si lo consigo, en la falta con que los Médicos, y los Poetas se desacreditan, desdoriándose de ordinario los unos a los otros."

(*Deleitar aprovechando*: Martes por la mañana: fol. 213 v.)

"que en médicos y en poetas,  
la envidia es sarna incurable".

(*El Amor médico*: Acto II, Escena XII)

Breve huella dejaron en la obra del fraile madrileño los

problemas médico-legales. Recogemos unas escuetas e imprecisas noticias sobre putrefacción postmortem y embalsamamiento; en Criminología una fugaz alusión a un caso de estrangulamiento, y otra, algo más explícita, en *Doña Beatriz de Silva*, referente a un confinamiento. Más atención merece la narración de un curioso ejemplo de sofocación; incluye una explicación sobre el mecanismo de muerte y otra peculiaridad de cierto interés: la imposibilidad médico-legal de hallar el origen criminal del fallecimiento. Como intérprete, fragmentos de un célebre monólogo de *Otón*:

“Entraron donde dormía  
 el rey santo, y sin dejarle  
 que distinguiese del sueño  
 la muerte, con ser su imagen  
 la respiración le oprimen  
 con dos almohadas, graves  
 esta vez, aunque el sosiego  
 para el gusto las ablande.  
 Retrocedió al corazón  
 el espíritu, que en aire  
 vital envuelto, clausuras  
 siente hidalgo, y en la cárcel  
 del pecho infundió accidentes,  
 que a falta de quien le ampare,  
 imitó Troya cenizas,  
 rey primero, ya cadáver.

.....  
 consultó médicos graves, (la reina)  
 que en confusa anatomía,  
 como no hallaron señales  
*que atestiguasen violencias,*  
 vinieron a confirmarse  
 en que humores pestilentes,  
 con repentinos combates,  
 le trasladaron al cielo.”

(*La ventura con el nombre*: Acto I, Escena VI)

Completan este apartado unas noticias concernientes a toxicología; con carácter metafórico son muy frecuentes sus citas,

y así, vemos con profusión llamar a los celos "veneno", "yerba venenosa", "ponzoña acerba", y al amor, su remedio, "contra-yerba", "antídoto" y "triacá". Dos suicidios por envenenamiento reunimos; ambos, sin precisar el tóxico, del que únicamente sabemos es de rapidísima actuación: *Deleitar aprovechando* (Martes por la mañana, fol. 297 v.) y *La prudencia en la mujer* (Acto II, Escena III).

Apenas observamos alusiones a intoxicaciones específicas, únicamente el mercurio es nombrado repetidas veces; he aquí una buena descripción del azogado:

"...no hubo parte de su cuerpo, que con temblores continuos no se le rebelase: parecía los breves días que vivió, a los que habiendo beneficiado el azogue, en inquietud perpetua, no dan paso adelante, que no le retrocedan."

(*Deleitar aprovechando*: Domingo por la mañana, fol 65 v.).

Otras, menos expresivas, nos hablan del "beleño" (*La Madrina del Cielo*: Acto único) y la "castiza" intoxicación etílica (*Los tres maridos burlados*: B. A. E., XVIII, p. 484).

El capítulo dedicado a Medicina Popular, se nos ha de disculpar que sea mucho más breve de lo que un criterio estricto requeriría; aquí sólo hemos incluido aquellas noticias manifiestamente desconectadas del más elemental pensamiento médico, y que, si se nos permite la expresión, más bien diríamos llamar "populacheras". Comencemos por una cita que alude a la profusión de santos abogados:

"Chichilla

Hacia mí un gigante viene.  
¡Válgame Dios! ¡Que haya santos  
abogados de los dientes,  
de las tripas, de la ijada,  
de las bubas y la peste,  
y no haya santo abogado  
del miedo que un hombre tiene!"

(*El Castigo del Penséque*: Acto III, Escena XXI)

Aquí, una típica farmacopea curanderil:

*Cordero*

¿Qué es esto?

*Ginesa*

Sangre de drago  
porque no te marees con las olas  
del vuelo. Este es romero.

*Cordero*

¿Y éste?

*Ginesa*

Hinojo

*Cordero*

¿Y esa?

*Ginesa*

Es muela de fraile, para el ojo."

(*El Rey Don Pedro en Madrid*: Acto III, Escena IV).

Finalmente, un ejemplo del clásico "sacamuelas", ambulante y sabelotodo:

"*Coral*

—Destilo quintas esencias,  
limpio dientes, curo callos,  
hago moños, saco muelas."

(*Los balcones de Madrid*: Acto I, Escena II)

A lo largo del trabajo, ya hemos visto que Tirso se place en tirar "flechazos", insistiendo machaconamente en la ineptitud de nuestros colegas, la ineficacia de la Medicina de la época, y lo que es peor, en la calidad moral de los galenos contemporáneos; no es posible recoger en la obra del mercedario una crítica más apasionada y corrosiva, si exceptuamos las privanzas cortesanas. No fue objetivo, en efecto, nuestro autor, en sus apreciaciones sobre la Medicina y los médicos; tal vez ello obedeciera a alguna causa que se nos escapa, pero, ciertamente, su cariz en exceso reiterativo y malintencionado, no puede proceder de una postura ecléctica. A continuación reunimos

unos cuantos juicios, seleccionados entre otros muchos, en que la intención difamatoria es clara.

Una de las cosas que más sacaba de quicio a nuestro buen mercedario era, sin duda, esa aureola de respetuosidad y misterio que, en mayor o menor grado, siempre ha rodeado a nuestra profesión, y de la que posiblemente abusaran un poco nuestros colegas de antaño, gastando vistosos trajes y empleando con frecuencia indescifrables "latinajos":

*"Pinzon*

Guantes, latines y mulas  
autorizar han podido  
toda doctora ignorancia,  
y al médico más ruin  
dan opinión y ganancia  
aforismos que en latín  
se llaman pueblos en Francia."

(*La fingida Arcadia*: Jornada III, Escena I)

"A vosotros albeitaires barbones,  
con el médico título arrogantes,  
de pulsos tentación y de doblones,  
mulas en mulas, gorgoran y guantes,  
que con recetas derribáis Sansones,  
de nuestras vidas pródigos tratantes,  
urracas de aforismos indigestos,  
que siendo simples, ordenáis compuestos."

(*Deleitar aprovechando*: Domingo por la tarde, fol. 85).

En este último texto parece evidente que Téllez ha perdido un poco los estribos. Los "honorarios" médicos son otro de los blancos preferentes de nuestro autor, que ataca en todos los tonos y formas:

"Llegaron en esto los sucesores de Hipócrates, que graduados en lo científico y mecánico de su oficio, Cirujanos y Doctores, juntamente duplicaban con las tientas, y la pluma, ganancias a las boticas, y familiares a la muerte, dos veces perseguidores de la salud y el dinero... y ellos alentados con sus ofertas, más que compasivos de sus lágrimas, hicieron cuanto alcanzaron..."

(*Deleitar aprovechando*: Martes por la mañana, fols. 218-218 v.)

"...estotros (los médicos) deseaban, no la salud que les defraudaba sus estipendios; pero la vida sin ella, si, que les alargase la ganancia."

(*Deleitar aprovechando*: Lunes por la mañana: fol. 104)

Tirso acaba de puntualizar el interés comercial de los doctores en un texto en el que al ponderar la brevedad de una visita, dice:

"...no lo he visitado sino sola una vez, y esa... tan limitadamente como las de médico que cura de limosna..."

(*Los Cigarrales de Toledo*: Introducción, p. 59)

El mercedario, hombre muy de su tiempo, recae frecuentemente en la fácil crítica, que abundantísima y hasta con "frases hechas", puede recogerse en la literatura de la época; de esta suerte, la idea de muerte ocasiona en nuestro autor una automática asociación con la profesión médica, y viceversa, de tal modo que diríase —íntimamente vinculada— son inseparables. He aquí algunos ejemplos:

*"Crespo*

Si la matara el doctor  
entre los más que ha matado  
que, aunque necio, es licenciado,  
diérame menos dolor;  
que, en fin, el pueblo y alcalde  
le pagamos y hace bien,  
en matarnos, que no es bien  
que les paguemos de balde;  
mas un amapelo cruel  
no es bien; sanad mi dolor,  
que se correrá el doctor  
de no habella muerto él."

(*La Santa Juana*. Parte I, Acto III, Escena XII)

*"Pablillos* (sobre Motes de un torneo)

Otro sacó a lo que entiendo,  
la humana Naturaleza  
con un mote en la cabeza;  
médicos la iban siguiendo.

Era el mote: "Intento es mío  
que crezca el género humano,  
y estos me van a la mano,  
pues matan más que yo crío."

(*Próspera Fortuna, de Don Alvaro de Luna y Adversa de Ruy López Dávalos: Jornada I, Escena V*).

Seguidamente, y como complemento, un par de textos burlescos:

*"Quiteria*

Diz en que Madrid enseñaba  
cierto verdugo su oficio  
no sé a qué aprendiz novicio,  
y viendo que no acertaba,  
puesto sobre un espantajo  
de paja, aquellas acciones  
infames de sus liciones,  
le echó la escalera abajo,  
diciéndole: "Andad, señor,  
y pues estáis deshauciado  
para oficio de hombre honrado,  
estudiad para doctor."

.....  
"Tuvo un pobre una postema  
(dicen que oculta en un lado)  
y estaba desesperado  
de ver la ignorante flema  
con que el dotor le decía:  
"En no yendos a la mano  
en beber, moríos, hermano,  
porque esa es hidropesía."  
Ordenóle una receta,  
y cuando le llegó a dar  
la pluma para firmar,  
la mula que era algo inquieta,  
asentóle la herradura  
(emplasto dijera yo)  
en el lado y reventó  
la postema ya madura;  
conque cesando el dolor,

dijo, mirándola abierta:  
 "En postemas, más acierta  
 la mula que su doctor."

(*El Amor médico*: Acto I, Escena I)

Tras esta original resolución de un absceso, incluimos una serie de breves incisos difamatorios; unos resaltando la ineptitud:

"¿Pensáis vos  
 que no sabe de los dos  
 la mula más medicina?  
 .....  
 No estudian, señor, palabra.  
 Sangrar y purgar son polos  
 de su ciencia."

Otros, bien demostrativos de su obsesión letal:

"Zámpese un médico a mula,  
 comeráse en una pieza  
 treinta hospitales de viudas  
 en virtud de sus recetas."  
 .....  
 "El doctor los matará,  
 que da de comer al cura."

Como final, una particular "atención", a los sufridos médicos rurales:

"*Duque*  
 Cómo médico de aldea,  
 comunes recetas das:  
 en bárbaros las emplea,  
 que en la corte no hallarás  
 quien las admita ni crea."

(*El Pretendiente al revés*: Acto II, Escena VI)

Y un último "flechazo", a la botica:

"*Brito*  
 matará de cien en cien

con los botes de botica,  
balas de pugin y hamet,  
frechas de un récipe escrito,  
pólvora en polvos de sen,  
espátulas por espadas,  
julepes de Lucifer."

(*Las Quinas de Portugal: Jornada I, Escena XI*)

## INDICE

	<u>Pág.</u>
INTRODUCCIÓN . . . . .	7
CAPÍTULO I. El personaje médico . . . . .	10
CAPÍTULO II. Nociones de Antropología . . . . .	22
CAPÍTULO III. Patología y Terapéutica generales . . . . .	28
CAPÍTULO IV. Cuestiones clínicas . . . . .	36
CAPÍTULO V. Tocología, Pediatría, Sexología . . . . .	49
CAPÍTULO VI. Sociología médica. . . . .	57

INDEX

CONTENTS

128

7	Introduction
10	Chapter I. General Introduction
13	Chapter II. History of the Subject
18	Chapter III. Principles and Terminology
20	Chapter IV. Theoretical Foundations
25	Chapter V. Practical Applications
30	Chapter VI. Concluding Remarks

PUBLICACIONES DEL SEMINARIO DE HISTORIA  
DE LA MEDICINA

SERIE A. ESTUDIOS

TOMO I (1962-1967) Luis S. Galvan. *La Escuela antropométrica  
médica de Madrid (siglos XVII-XVIII)*. Alfonso R. Castañón Martínez. *La obra científica del Doctor Pablos de Calera (siglo XVIII)*. Ferrnán  
Hernández. *Historia de la medicina experimental en la Medicina española  
siglos XVII-XVIII*. *El Hospital de San Juan de Dios en el siglo XVIII*.  
Luis S. Galvan. *Los médicos de la Universidad de Salamanca en el siglo XVIII*.  
Luis S. Galvan. *Los médicos de la Universidad de Salamanca en el siglo XVIII*.  
Luis S. Galvan. *Los médicos de la Universidad de Salamanca en el siglo XVIII*.

CATALOGO

DE LAS

PUBLICACIONES DEL SEMINARIO DE

HISTORIA DE LA MEDICINA

DE LA

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

SERIE B. REPERTORIOS BIO-BIBLIOGRAFICOS

TOMO I. Luis S. Galvan. *Repertorio de la medicina española en el siglo XVIII*.  
Luis S. Galvan. *Repertorio de la medicina española en el siglo XVIII*.  
Luis S. Galvan. *Repertorio de la medicina española en el siglo XVIII*.

SERIE C. ESTUDIOS DE HISTORIA DE LA MEDICINA

TOMO I. Luis S. Galvan. *Historia de la medicina española en el siglo XVIII*.  
Luis S. Galvan. *Historia de la medicina española en el siglo XVIII*.  
Luis S. Galvan. *Historia de la medicina española en el siglo XVIII*.

TOMO II. Luis S. Galvan. *Historia de la medicina española en el siglo XVIII*.  
Luis S. Galvan. *Historia de la medicina española en el siglo XVIII*.  
Luis S. Galvan. *Historia de la medicina española en el siglo XVIII*.

CATALOGO  
DE LAS  
PUBLICACIONES DEL SEMINARIO DE  
HISTORIA DE LA MEDICINA  
DE LA  
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

## PUBLICACIONES DEL SEMINARIO DE HISTORIA DE LA MEDICINA

### SERIE A. ESTUDIOS:

TOMO I (1956-1957): LUIS S. GRANJEL: *La doctrina antropológico-médica de Miguel Sabuco* (págs. 1-82); ALFONSO A. CASTAÑO ALMENDRAL: *La obra tocológica del Doctor Babil de Gárate* (págs. 83-136); EMILIANO HERNÁNDEZ BENITO: *El saber oftalmológico en la Medicina renacentista española* (págs. 137-222); LUIS S. GRANJEL: *El pensamiento médico del padre Antonio José Rodríguez* (págs. 223-302); ANTONIO HERNÁNDEZ ALCÁNTARA: *Estudio histórico de la obra toco-ginecológica y pediátrica de Damián Carbón* (págs. 303-388); FRANCISCO SÁNCHEZ CAPELOT: *La obra quirúrgica de Juan Frago* (389-464).

TOMO II (1958-1959): CONCEPCIÓN SORIANO DE LA ROSA: *La obra quirúrgica de Dionisio Daza Chacón* (págs. 1-64); AGUSTÍN SÁNCHEZ MARTÍN: *El saber toco-ginecológico en la Medicina española de la primera mitad del Siglo XVIII* (págs. 65-152); RAFAEL SANCHO DE SAN ROMÁN: *Vida y obra de Gaspar Casal* (págs. 153-184); FRANCISCO SÁNCHEZ CAPELOT: *La obra quirúrgica de Francisco Díaz* (págs. 185-224); RAFAEL SANCHO DE SAN ROMÁN: *La obra psiquiátrica del Doctor Pi y Molist* (págs. 225-248); ALFONSO A. CASTAÑO ALMENDRAL: *La obra quirúrgica de Bartolomé Hidalgo de Agüero* (págs. 249-307).

### SERIE B. REPERTORIOS BIO-BIBLIOGRAFICOS:

TOMO I: LUIS S. GRANJEL y M.<sup>a</sup> TERESA SANTANDER: *Bibliografía española de Historia de la Medicina* (volumen primero); 242 págs.; Salamanca, 1957.

### ESTUDIOS DE HISTORIA DE LA MEDICINA ESPAÑOLA (Nueva Serie)

TOMO I. Núm. 1: LUIS S. GRANJEL: *Vida y obra del Doctor Cristóbal Pérez de Herrera* (1-34 págs. + X láminas; Salamanca, 1959).

TOMO I. Núm. 2: EMILIANO HERNÁNDEZ BENITO: *La Oftalmología española del siglo XVIII* (1-40 págs. + VIII láminas; Salamanca, 1959).

TOMO I. Núm. 3: JOSÉ F. PRIETO AGUIRRE: *Vida y Obra de Juan Massoneau* (1-32 pág. + IV láminas; Salamanca, 1959).

TOMO I. Núm. 4: LUIS S. GRANJEL: *Luis Lobera de Avila* (1-48 págs. + XII láminas; Salamanca, 1959).

TOMO I. Núm. 5: LUIS S. GRANJEL: *La obra de Gaspar Bravo de Sobremonte* (1-28 págs. + V láminas; Salamanca, 1960).

TOMO I. Núm. 6: JOSÉ F. PRIETO AGUIRRE: *La obra de Boix y Moliner. Historia de una polémica* (1-54 págs. + IX láminas; Salamanca, 1960).

TOMO II. Núm. 1: RAFAEL SANCHO DE SAN ROMÁN: *La Medicina y los Médicos en la obra de Tirso de Molina* (1-72 págs., Salamanca, 1960).

#### EN PRENSA

RAFAEL SANCHO DE SAN ROMÁN: *La obra psiquiátrica de Giné y Paragás* (ilustrada).

RICARDO SAN ROMÁN GÓMEZ: *La obra quirúrgica de Juan Calvo*.

JULIO GARCÍA SEISDEDOS: *Aportación a la Historia de la Medicina española del Siglo XVIII: La obra científica de la Real Sociedad Médica de Sevilla*.

MARCELIANO SAYANS CASTAÑOS: *La obra de Luis de Toro*.

JOSÉ-LUIS GÓMEZ RATÓN: *Capítulos médicos en la obra de los historiadores de Indias*.

EMILIO HERRERO MARCOS: *Vida y obra de Nicolás Monardes*.

JOSÉ F. PRIETO AGUIRRE: *La obra del Doctor Francisco Suárez de Rivera*.

#### EN PREPARACION

*Bibliografía española de Historia de la Medicina* (Volumen Segundo).  
*Fuentes bio-bibliográficas de la Medicina Española:*

- I. *Medicina española Antigua y Medieval.*
- II. *Medicina española Renacentista.*
- III. *Medicina española Moderna (Siglos XVII-XVIII).*
- IV. *Medicina española Contemporánea (Siglos XIX-XX).*

#### OTRAS PUBLICACIONES

*Editadas:*

EMILIANO HERNÁNDEZ BENITO: "El libro de los 'Antojos' del Licenciado Daza de Valdés"; *Imprensa Médica*; XXI, 3: 146-56; Lisboa, 1957.

LUIS S. GRANJEL: "La obra de Alvarez de Miraval"; *Clínica y Laboratorio*; LXIII, 373: 271-86; Zaragoza, 1957.

LUIS S. GRANJEL: "El saber médico de Aldonza, la Lozana Andaluza"; *Imprensa Médica*; XXI, 5: 256-67; Lisboa, 1957.

EMILIO HERNÁNDEZ BENITO: "La obra oftalmológica de Domingo Vidal"; *Revista Portuguesa de Medicina*; V, 8-9: 157-63; Lisboa, 1957.

LUIS S. GRANJEL: "La obra médica de Francisco García Hernández"; *Clínica y Laboratorio*; LXIV; 378: 236-40; Zaragoza, 1957.

LUIS S. GRANJEL: "Un capítulo en la historia de la inyección endovenosa"; *Medicamenta*; XXVIII; 313: 247-48; Madrid, 19, X, 1957.

LUIS S. GRANJEL: "Los 'Diálogos' de Pedro Mercado"; *Revista Portuguesa de Medicina*; V, 12: 225-34; Lisboa, 1957.

ANTONIO HERNÁNDEZ ALCÁNTARA: "Las opiniones toco-ginecológicas de Luis Lobera de Avila"; *Revista Portuguesa de Medicina*; V, 12: 236-43; Lisboa, 1957.

FRANCISCO SÁNCHEZ CAPELOT: "La obra quirúrgica de Martín Martínez"; *Revista Portuguesa de Medicina*; V, 12: 245-48; Lisboa, 1957.

LUIS S. GRANJEL: "Memoria del Seminario de Historia de la Medicina (Años 1955-1957)"; Salamanca, 1957.

LUIS S. GRANJEL: "La obra médica del Doctor Virrey y Mange"; *Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina y de Antropología Médica*; X: 207-16; Madrid, 1958.

LUIS S. GRANJEL: "Los médicos humanistas españoles"; *Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina y de Antropología Médica*; VIII: 273-284; Madrid, 1956.

LUIS S. GRANJEL: "Los 'Dueños médicos' del doctor Narciso Bonamich"; *Medicamenta*; XXX, 326: 31-32; Madrid, 19, VII, 1958.

LUIS S. GRANJEL: "La obra de Andrés Alcázar"; *Clínica y Laboratorio*; LXVII, 395: 154-60; Zaragoza, 1959.

RAFAEL SANCHO DE SAN ROMÁN: "La obra urológica de Julián Gutiérrez de Toledo"; *Imprensa Médica*; XXII, 5: 236-46; Lisboa, 1958.

EMILIANO HERNÁNDEZ BENITO: "Tres oftalmólogos españoles del Ocho-cientos"; *Clínica y Laboratorio*; LXVII; 398: 395-400; Zaragoza, 1959.

LUIS S. GRANJEL: "Retrato del doctor Cristóbal Pérez de Herrera"; *Medicamenta*; XXXI; 342: 411-13; Madrid, 20, VI, 1959.

J. F. PRIETO AGUIRRE: "La obra quirúrgica de Diego Velasco y Francisco Villaverde"; *Clínica y Laboratorio*; LXVIII; 402: 228-36; Zaragoza, 1959.

JOSÉ F. PRIETO AGUIRRE: "Aportación de Juan Massoneau al conocimiento de la patología tropical"; *Medicamenta*; XXXII, 350: 366-68; Madrid, 5, XII, 1959.

*En prensa:*

EMILIANO HERNÁNDEZ BENITO: "El 'Ensayo Optico' de Francisco Martín".

JOSÉ F. PRIETO AGUIRRE: "El 'Curso nuevo de Cirugía' de Bartolomé Serena y Antonio Medina".

LUIS S. GRANJEL: "Vida y obra de Agustín Vázquez".

R. SANCHO DE SAN ROMÁN: "El Cardenal Lorenzana y la Medicina de su tiempo".

LUIS S. GRANJEL: "Noticia sobre la obra de Vicente Moles".

E. HERNÁNDEZ BENITO: "La Oftalmología en España durante el Siglo XVII".

J. F. PRIETO AGUIRRE: "La obra quirúrgica de Monrava".

LUIS S. GRANJEL: "La obra médica de José Juan Antonio Bager".

A. HERNÁNDEZ ALCÁNTARA: "La obra tocológica y pediátrica de Núñez de Coria".

F. SÁNCHEZ CAPELOT: "La obra de Manuel de Porras".

J. F. PRIETO AGUIRRE: "La obra de Andrés de León".

LUIS S. GRANJEL: "Retrato de un médico renacentista".

E. HERNÁNDEZ BENITO: "La obra de López de León".

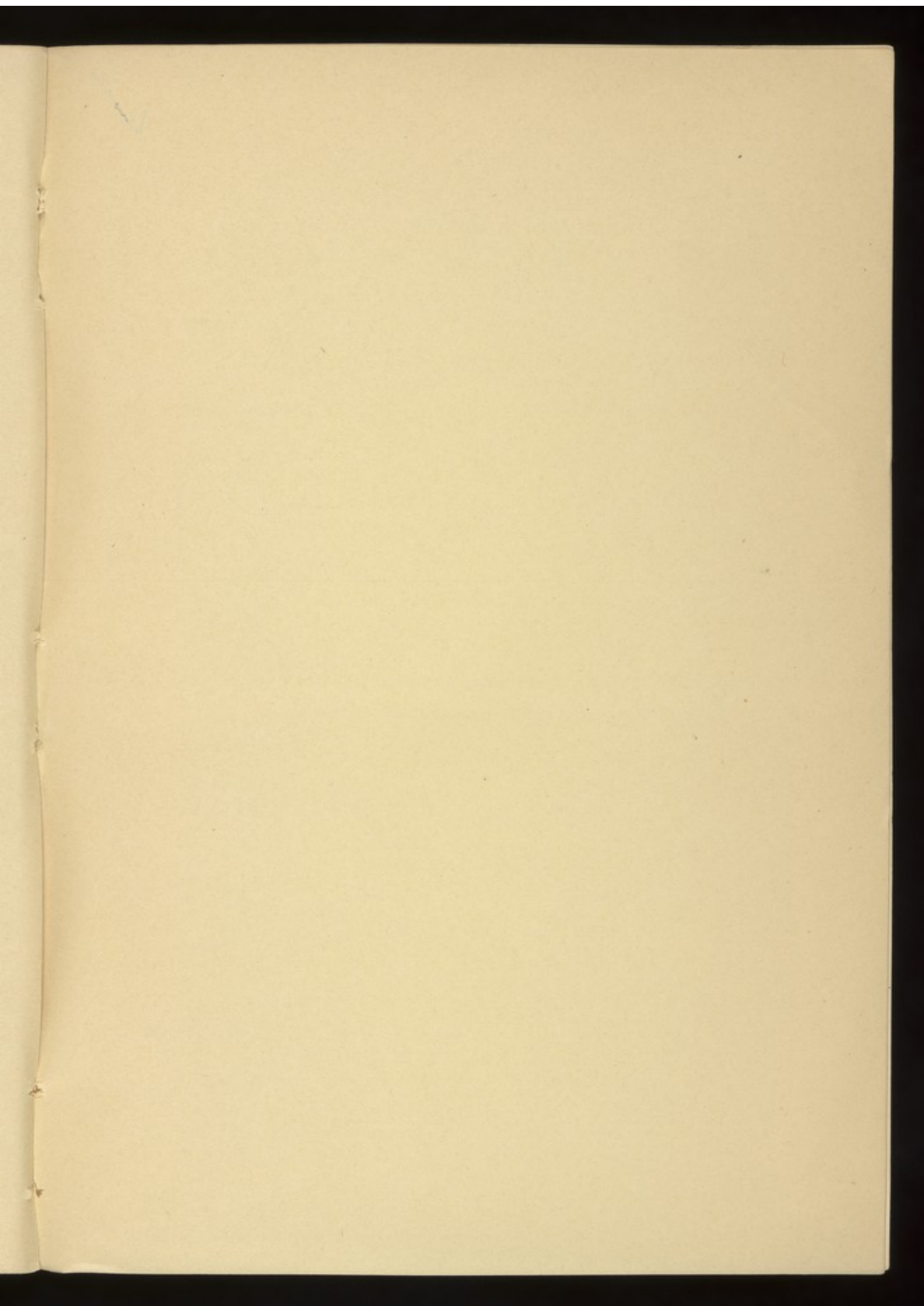
R. SANCHO DE SAN ROMÁN: "La obra de José Pradillo".

LUIS S. GRANJEL: "Vida y obra de Juan Bravo de Piedrahita".

J. F. PRIETO AGUIRRE: "La obra psiquiátrica del Padre Antonio José Rodríguez".

LUIS S. GRANJEL: "La obra de Pedro Miguel de Heredia".

A. HERNÁNDEZ ALCÁNTARA: "La obra tocológica de José Ventura Pastor".





- 1. J. P. ...
- 2. ...
- 3. ...
- 4. ...
- 5. ...
- 6. ...
- 7. ...
- 8. ...
- 9. ...
- 10. ...
- 11. ...
- 12. ...
- 13. ...
- 14. ...
- 15. ...
- 16. ...
- 17. ...
- 18. ...
- 19. ...
- 20. ...

